

perspectivas de diálogo

**27
28**

**crisis del uruguay:
crisis de transformación**



perspectivas de diálogo

director: Andrés Assandri

equipo redactor: Centro Pedro
Fabro

caratulista: Yin-Cheung-Koon

impresión: Talleres Gráficos Montevideo
Cooperativa de Impresores.

redacción y administración: Agraciada 2974 - Montevideo

distribución:

- Librería América Latina
18 de Julio 2043, G. tel. 41 51 27
- Librería APOCE
Soriano 1465, tel. 40 61 31
- Centro Pedro Fabro
Agraciada 2974, tel. 2 74 66

suscripción: 1968 10 números \$ 500.
fuera del país

- correo ordinario U\$S 3
- correo aéreo U\$S 7

precio del ejemplar: \$ 80.
con la debida aprobación

Año III — 1968, Nº 27-28

EDITORIAL

ARTICULOS

- 199 Una aproximación a la crisis
- 201 Crisis de la familia
Juan C. Carrasco
- 207 La crisis de autoridad
Julio Barreiro
- 211 Crisis política y crisis social
Antonio Pérez García
- 216 Crisis de valores: el fin de una época
Ricardo Cetrulo
- 222 Crisis del formalismo: de la democracia como mito
Beatriz Garmendia
- 229 Crisis estructural: la falsa conciencia
Dario Ubilla
- 239 Sociedad en crisis y nueva imagen de la Iglesia
Roberto Viola

UNA APROXIMACION A LA CRISIS

En 1967 dedicamos un número extraordinario de **PERSPECTIVAS** al tema "El miedo y el cristiano".

Intuíamos entonces que la radicalización de actitudes que observábamos en nuestra sociedad y afectaba igualmente a cristianos y no cristianos, no era casual sino que tenía sus raíces en un proceso profundo en el cual nos hallábamos embarcados. No obstante no nos detuvimos en él, sino que nos limitamos a analizar los aspectos subjetivos de ese fenómeno psicológico que pone al hombre y al cristiano ante una doble alternativa: entre la parálisis y la madurez; entre la evasión hacia fáciles radicalizaciones de derecha o izquierda y el enfrentamiento de una realidad compleja que rompe los esquemas de nuestras pasadas seguridades.

Pero el proceso sigue... y sentimos la necesidad de ver más claro en ese fenómeno que llamamos "la crisis del Uruguay".

Ciertamente que la palabra crisis aplicada a la situación uruguaya podría suscitar la idea de un obstáculo transitorio que lograremos, con un poco de suerte nunca definitivamente esquivar, superar. ¿No es ésta acaso, la lección de la historia? ¿No se ha definido humorísticamente al Uruguay como el país que sale siempre a flote a pesar de los reiterados esfuerzos de los uruguayos por hundirlo? ¿O como la pirámide invertida, que colocada inestablemente sobre su vértice, debería caer pero no cae?

Sin embargo, la persistencia de ciertas imágenes colectivas tiene sus límites. El golpeteo constante de una realidad dolorosa como la que vivimos nos fuerza a realizar lo que hemos estado tratando de evitar desde hace años, demasiados años quizá: abrir los ojos y ver.

Ahora bien, ese ver, cuando lo referimos desde el presente hacia nuestra historia, nos permite constatar que nuestra crisis es anterior a la toma de conciencia relativamente reciente que hemos hecho de ella.

La nuestra, es algo más que una crisis económica pasajera, de esas que los técnicos solucionan a corto plazo con un par de medidas clarividentes. Podemos detectarla, es cierto, en las distintas instituciones que constituyen nuestro sistema social: en las estructuras económicas, en las estructuras partidarias, en el deterioro de la autoridad, en la educación, en la familia. Ese ha sido el punto de partida de nuestra reflexión. Sin embargo nuestro "ver" nos ha conducido más lejos: subyacente a todas esas manifestaciones parciales de la crisis descubrimos el Uruguay como proceso en una encrucijada que afecta al sistema social total: nunca como hoy el uruguayo ha estado más preparado para abandonar los sueños de un pequeño paraíso, la "Suiza de América" —es decir, de espaldas a América— asumiendo nuestra verdad, y nunca como hoy se han organizado e instrumentado tanto las fuerzas que pugnan por acentuar más aun nuestra alienación.

En esa encrucijada, nuevos núcleos humanos portadores de nuevos valores y nuevas exigencias enfrentan a quienes encarnan los viejos mitos y rechazan al nuevo Uruguay que trata de emerger. Pero en todo caso el Uruguay que hemos vivido casi ininterrumpidamente por espacio de 50 años desaparece. Ya desapareció, como un lujo. Como sucede en una familia venida a menos, que corta sistemáticamente sus hábitos de ayer. Sea que triunfen los nuevos valores, —y a la larga triunfarán— sea que se imponga, temporariamente, el enquistamiento en lo ya logrado. En el primer caso se avanza en el sentido de la historia. En el segundo se retrocede a períodos que, luego de la lucha de la humanidad contra la regresión nazi, se hubieran creído definitivamente superados. Esto es así, aunque se racionalicen las actitudes regresivas en términos de "defensa de nuestras instituciones". El sentido común popular señala con intuición profunda desde tiempos inmemoriales, que en todos los procesos vitales no avanzar significa retroceder.

Esta encrucijada propia de un país en transformación no hace excepción con la Iglesia. Ella también, en cuanto encarnada en el sistema social, participa de sus vicisitudes, y enfrenta las alternativas de su propia transformación. Lo que decimos de una imagen del Uruguay que desaparece, podemos aplicarlo también a la Iglesia, que adquiere un nuevo rostro, el cual suscita esperanzas en unos y temores en otros. (Ver Sociedad en crisis y una nueva imagen de la Iglesia).

No hemos dedicado ningún artículo de este número a una reflexión sobre la conciencia cristiana frente a la crisis de transformación de nuestro país. Creemos que el cristiano, que se siente urgido por el Concilio Vaticano II a discernir los signos de los tiempos, encontrará en este número material para su reflexión. Solidario con los miembros de la sociedad en que vive, buscará el modo de avanzar con ellos. En esto se juega no sólo su solidaridad con los demás hombres, y su acción en el sentido de la historia, sino a través de ello, su fidelidad al Señor de la historia.

PERSPECTIVAS DE DIALOGO.

CRISIS DE LA FAMILIA

Juan Carlos Carrasco

El análisis de la crisis de un grupo no resulta sencillo, a menos que tengamos bien tipificado dicho grupo y los factores sobre él incidentes. Aún así, el análisis de todo complejo antropológico plantea particulares dificultades, pues el poseer un potencial creador propio, hace imprevisible el camino que recorrerá en el curso de su desarrollo. En consecuencia la aplicación de la metodología científica y la estimación de sus leyes se ve afectada por esta precariedad. Esto impone como necesidad la seriación de estudios transversales en el curso del desarrollo de un proceso que afecta a un grupo, a los efectos de descubrir las direcciones fundamentales que tal proceso sigue. Lamentablemente no contamos con dichos cortes transversales en el proceso de desenvolvimiento, a través de la historia del grupo familiar en el Uruguay. Sólo podemos contar con datos extraídos de las fuentes más diversas y con ello "armar" una imagen de la familia uruguaya de épocas anteriores.

Parece bastante cierto que el grupo familiar en el Uruguay se estructuró sobre el esquema de lo que se ha dado llamar familia "nuclear" o sea que el grupo se define y delimita con la pareja humana y su prole directa. No obstante po-

dría decirse que también existió una fuerte tendencia a configurarse en "racimos" que aún perduran en muchos casos. Esto es, la convivencia bajo un mismo techo de tres generaciones, en cuyo caso también se ha podido observar el caso de "familias numerosas" donde convivían abuelos, varios hijos casados y sus propios descendientes.

Los hechos que venimos de anotar más arriba no deben hacernos desviar de ciertos conceptos que parecen medulares en el tema que analizamos. Si bien las circunstancias (estilo de vida provincial, extracción etnocultural etc.), pueden haber determinado tipos de grupos familiares arraigados y a veces "complejos familiares", la idea central imperante a diferentes niveles y en distintos sectores de la cultura era y es la del *núcleo familiar* tipo, caracterizado como lo hemos hecho anteriormente. El estilo, naturaleza y propósito de este trabajo nos obliga a no profundizar más en el análisis de este aspecto del tema que es por demás interesante.

Si entramos ahora a considerar los aspectos de organización y dinámica del núcleo familiar tradicional en el Uruguay, nos encontramos con los siguientes datos.

1) *Su implantación física.*

La vivienda tipo fue la casa independiente, de una sola planta, con un espacio razonable para el desarrollo de la vida familiar, con acceso directo a la calle pero relativamente protegida, e implantada en un barrio. La mayor parte de ellas tenían un espacio libre en el centro de la "manzana" que constituía el tradicional y típico "fondo".

La ciudad de Montevideo se dividía en numerosos barrios con caracteres comunes entre ellos y también diferentes entre sí, lo cual permitió su caracterización.

El tránsito vehicular era escaso y lento hasta hace relativamente poco tiempo atrás. El barrio tenía su propia vida y solamente la familia o alguno de sus miembros, debían desplazarse hacia el "centro" para el cumplimiento de algunos trámites oficiales o realizar compras de artículos que no existían en los comercios de la zona. Estos movimientos no eran frecuentes y se daban ocasionalmente o por "temporadas" tal como sucedía a propósito de algunos centros de recreación de la ciudad.

Como consecuencia, la familia funcionaba dentro de este contexto con ritmos, costumbres y perspectivas bien delimitadas y particulares. La relación de los miembros de la familia con los otros habitantes del barrio, la educación de los niños y sus formas de juego, la relación de los propios miembros de la familia entre sí, constituye todo un material digno de ser recopilado, pues, adecuadamente sistematizado y ordenado nos proporcionaría el exacto marco referencial que ha tenido la familia montevideana para su establecimiento y desenvolvimiento. Esto lo conocemos, pero aún no lo tenemos debidamente establecido.

Ciertamente hemos descripto la habitación tipo de la clase media y media baja de Montevideo. Los otros estratos socio-económicos presentaron sus variantes propias en función del ingreso económico. A pesar de ello, insistimos en tomar como vivienda tipo la anteriormente descripta. En primer lugar por la franca primacía porcentual de las clases media y media baja y en segundo término, por algo que nos parece más importante, ésto es, la acentuada interpenetración cultural que existió siempre en Montevideo entre sus distintos

estratos debido a la influencia de diversos factores. Es indudable que los esquemas básicos de conducta, así como los criterios de relación y posturas existenciales, los determinó predominantemente el fuerte estrato medio en el seno de una estructura socio-económica de corte capitalista y socio-política democrático-liberal. La clase media impuso un código de conducta, en tanto que la clase alta perspectivó las aspiraciones de aquélla.

Casi la misma relación se dio entre clase media y baja, en un momento de la historia en que la movilidad inter-estrato podía realizarse al influjo de estímulos que, a través de consignas ejemplificadoras e historias muy bien armadas, se le señalaba al hijo del zapatero su posibilidad de ser Doctor.

Todo este clima se plasmó en la imagen de la casa y la vida en el barrio. Es por ello que en la descripción de la casa, en el funcionamiento de la familia dentro de ella y en la "vereda", en los acontecimientos del barrio, encontraremos un abundantísimo material para el conocimiento sistemático del núcleo familiar, de su dinámica y de su ideología.

2) *Estructura y dinámica de la familia tradicional.*

En este capítulo debemos hacer referencia a la organización de la vida familiar y su funcionamiento.

La concepción de la familia, según la norma histórica, se sustenta sobre la unión amorosa de la pareja humana. Este es el principio medular en torno al cual gira, teóricamente, la organización familiar. Pero este principio ha llevado implícito además, una determinación bastante estricta del rol que cada uno de los miembros de la pareja juega en ella. Roles predeterminados dentro de la pareja como tal, impregnarán naturalmente a la pareja en condición de familia. Es sabido por todos que en nuestra cultura occidental el varón ha sido investido del papel dominante en la relación con la mujer. Dicho rol dominante se tradujo incluso en la propia relación sexual. El hombre fue el miembro activo en la cópula y en la elección de pareja, fue además el que acaparó para sí el derecho a cambiar de pareja o a mantener varias parejas simultáneamente.

Paralelamente ejerció un predominio de fuerza y la primacía en la conducción de los asuntos de la comunidad. Históricamente ha sido el exclusivo elector y elegido para el desempeño de cargos dirigentes a nivel nacional. Del mismo modo fue el director casi obligado en la empresa privada y el personaje saliente en el ejercicio de la mayor parte de las profesiones. Es obvio entonces que lo mismo debió darse en el seno de la organización familiar. De este modo la figura masculina ha representado el centro directriz del funcionamiento familiar.

El ha encarnado la *autoridad* suprema en el seno familiar y ha sido, como consecuencia, reconocido como el "jefe de la familia".

Creemos que es importante aquí hacer conciencia que dicha jefatura tiene por origen la fuerza, que empieza siendo económica (único sostén del grupo), sigue siendo de prestigio (es el personaje activo socialmente) y continúa siendo heredada y tradicional según la imposición de la pauta cultural.

Es la imagen oligárquica dentro del núcleo familiar. Su autoridad subtiende una connotación que es la del respeto. Se trata aquí de un respeto a la autoridad que no es precisamente el respeto a algo que necesariamente lo genera por la índole de su naturaleza esencial, sino que es el respeto a la autoridad emanada de la condición del más fuerte. De este modo se establece así otro de los principios de la organización familiar y es el de la *jerarquización*. Los miembros de la familia se disponen según un orden jerárquico: padre, madre, hijo mayor, etc. El principio de autoridad genera el de jerarquía y éste genera a su vez el de *responsabilidad*. Cada miembro de la familia según su autoridad y orden jerárquico asume en su sector la responsabilidad del buen funcionamiento familiar. Dicho muy sintéticamente, la responsabilidad del padre consiste en *mantener* y educar, la de la madre, administrar adecuadamente y la de los hijos, consumir cuidadosamente y obedecer. De este modo funcionaba una familia ordenada, tipo y ejemplo de nuestra sociedad tradicional.

Por cierto que esta descripción tan descarnada y fría de nuestras familias podrá ser vivida por algunos como muy agresiva y exenta de realidad. Naturalmente que todos nosotros tenemos deposi-

tados muchos afectos en nuestras viejas familias y surgen recuerdos de todo tipo cuando pensamos en ella. Lo único que hemos hecho es una descripción analítica de las fuerzas principales y básicas de su organización. Ciertamente que este esqueleto era actuado por figuras humanas muy queridas por nosotros y que también amaban mucho. Pero esto no desvirtúa lo anterior.

Ideologías de la Familia Tradicional.

Nuestra vieja familia funcionó regida por un conjunto de normas que se iban heredando a través de las generaciones por la vía educacional y la presión de las pautas culturales.

Quizá no se pueda hablar de un código familiar único para todas las familias de nuestra área. En verdad podemos encontrar una gama de principios familiares que caracterizan grupos o tipos de familias, y esto, sin duda, está muy influido por la extracción etnocultural y socio económica de la familia considerada. Nuestro medio se caracterizó por presentar una fuerte variabilidad en este sentido, aunque las corrientes inmigratorias, española e italiana hayan sido las predominantes.

Es posible que algún lector se sorprenda que aquí hagamos una asimilación criteriológica con los conceptos de normas, principios e ideología. En el funcionamiento de un grupo no podemos hacer tales distinciones. La ideología es un concepto que opera según el establecimiento de un objetivo determinado y condiciona por tanto la conducta prospectiva del grupo, obliga necesariamente a que éste regule sus relaciones internas según una serie de principios y normas acordes con la ideología y que en último término son la ideología misma, resultando una conducta del grupo que es un *tender-a*, a través-de, que se ofrece globalmente y en donde la discriminación no tiene sentido.

Pese a la variabilidad anotada más arriba, sin duda podemos establecer una serie de principios comunes a todas las familias. Estos principios comunes son los que dan unidad al grupo familiar y le permiten asimilarse al grupo comunitario y funcionar armónicamente en el seno de éste. Por lo tanto los principios que rigen y se cultivan dentro del grupo familiar han de ser semejantes a los de la comunidad que los rodea. Es perfecta-

mente válido, en consecuencia, sostener que existe una influencia recíproca entre ambos grupos y que entre ellos se mantiene una relación dialéctica. En consecuencia la ideología familiar ha de coincidir con la ideología de la comunidad en cuyo seno funciona. Nuestra estructura socio-económica de corte capitalista y burguesa ha exigido de la familia la reafirmación de sus propios principios, o sea, la familia en su estructura interna debía manejarse con principios y aspiraciones que permitieran la emergencia de un hombre que se insertara adecuadamente en la estructura social vigente. De este modo la ideología de la familia tradicional uruguaya ha sido también de corte burgués, y ha educado a un hombre capaz de manejarse certeramente en este mundo competitivo y empresarial con fines de éxito. Es así que la aspiración familiar apuntó a la educación para el éxito, en el bien entendido que ese éxito consistía en la adquisición de roles que la propia sociedad, con su particular ideología, le estaba señalando de antemano.

El análisis del complejo ideológico burgués desborda las posibilidades de estas páginas. Por otra parte lo creemos ya perfectamente conocido y analizado. Solamente deseamos insistir aquí sobre algunos aspectos del mismo que pueden ser útiles a los fines de este artículo.

Uno de los principales sentimientos en torno al cual el grupo familiar reguló su conducta y centró sus aspiraciones ha sido el de procurarse seguridad. Para calmar las ansiedades de inseguridad el plan de conducta familiar tendió a una acumulación de bienes, a establecer los distintos mecanismos de previsión, a asegurar la continuidad por la herencia, etc.

El análisis de los sentimientos de inseguridad quizá sea una de las tareas más importantes de los psicólogos sociales contemporáneos. Tenemos la convicción que es a propósito de dicho análisis que se pueden descubrir las raíces más profundas, antropológicas, de los distintos mecanismos de regulación social, política y económica de la estructura burguesa. Dicha estructura parece organizarse con una inmanencia de inseguridad, apareciendo todo el andamiaje burgués exterior

como una aspiración de equilibrio y lucha desesperada por la estabilidad. Allí se juega el drama de la sociedad burguesa con su constante intuición de la autodestrucción y la tragedia del hombre solo enfrentado a un destino de incomunicación.

Quizá otro aspecto sumamente importante de analizar es el de la llamada "moral burguesa" que consistió en un conjunto bien codificado de reglas de comportamiento. Dicha moral ha funcionado como la fachada excelentemente montada de un escenario en el que transcurrió la vida de toda una sociedad, que por detrás se encargó prolijamente de transgredirla y falsearla haciendo exactamente lo contrario de lo que por delante se trataba de imponer. Dentro de ella entran gran cantidad de los principios con que la familia se manejó y educó a las nuevas generaciones. Una familia y una sociedad que por delante condenó la infidelidad conyugal y por detrás creó, permitió y propició el mantenimiento de todos los mecanismos e instrumentos posibles para que ella se produjera. Una familia y una sociedad que negó la educación sexual y permitió y oficializó la prostitución para que ella fuera la escuela de la sexualidad de sus jóvenes. Una familia y una sociedad que constantemente han tenido en su boca las palabras dignidad, justicia, pureza, honor, decoro, etc., en tanto que paralelamente ha mantenido y desarrollado en su seno la explotación del más débil y todos los mecanismos que menoscaban sutilmente la justicia intrínseca y elemental de las cosas. Naturalmente que lo que importó fue el mantenimiento de una *elegancia en la conducta* que hizo muchas veces del disimulo, del deshonor, una manifestación de la buena educación. De la falta de dignidad: la obediencia y la medalla de oro. De la impureza: la excentricidad y el exotismo.

En las líneas precedentes hemos intentado hacer una descripción muy sintética y ligera de las características principales de la estructura y dinámica de la familia tradicional montevideana que tuvo su auge por los años 20 manteniéndose hasta nuestros días, época en la cual comienza a padecer serias conmociones.

Todas las generaciones hasta el presente han sido educadas en la concepción de una familia como la que sucintamente venimos de describir. La estructura se ha mantenido y también su dinámica interna. Pero se ha producido una seria e insalvable desnivelación entre sus proyectos y sus posibilidades. Desde hace un tiempo nos encontramos con una organización familiar que pretende mantener sus viejos criterios sumergida en una estructura social que no le da posibilidades para ello. Extraordinaria contradicción de la sociedad burguesa y capitalista. Esta sociedad necesita ineludiblemente de aquella familia. No obstante, la asfixia y no le permite funcionar. Es casi predecible que será el núcleo familiar asfixiado quien creará las condiciones necesarias que haga explotar la estructura capitalista y burguesa. Esto es parte de los fenómenos incomprensibles del capitalismo y de la comunidad humana misma, a lo cual hacíamos referencia más arriba cuando hablábamos de la existencia de fuerzas inmanentes de autodestrucción. Es un caso bastante excepcional de un fenómeno de estructura que tiende a destruirse a sí misma. Es por esto mismo que no es una estructura vital, ni jamás lo fue. Desconoció la esencia del hombre y sólo se manejó con sus caracteres más periféricos. Es un sistema que nació y creció con la angustia del no ser. Dejó vacío a un hombre que fue capaz de concebir la imagen de Dios.

La ciudad creció desordenadamente liquidando a los barrios. La vivienda se masificó y se alejó de la vereda. La vida del barrio se ha ido perdiendo lentamente al influjo de una urbanización no planificada y de la incidencia de otros factores que han gravitado sobre la vida de la gente, haciendo que ella cobre un ritmo y una inestabilidad incompatible con el transcurrir monótono y sossegado de las horas del barrio. Se modificó el Tiempo y el Espacio del hombre en la ciudad y esto incide en cada uno de los sectores de su vida.

La falta de estabilidad económica y carencia de prospección ha significado una herida mortal al espíritu burgués, pues con ello ha sido tocado en sus coordenadas fundamentales. El aumento de tensión que esto significa a nivel individual y grupal crea serios problemas en la armonía fami-

liar, desajusta las relaciones de la pareja e incide sobre la prole.

La transformación sufrida en los últimos años a nivel de los servicios que giran en torno al núcleo familiar ha sido enorme, a tal punto que peligra seriamente la supervivencia de muchos de los hábitos familiares que han constituido tradicionalmente pilares esenciales de la vida hogareña.

El análisis de todos estos factores y su consecuencia sobre el funcionamiento de la familia, es un tema obligado de los especialistas contemporáneos y ya perfectamente conocido. Nosotros deseamos insistir en este trabajo en otro aspecto de la cosa, porque si bien el núcleo familiar contemporáneo se ve torpedeado cotidianamente por factores de índole material económicos muy concretos, hay otros elementos en juego que nos parecen esenciales.

El criterio de jerarquización viene siendo muy cuestionado por las últimas generaciones y junto con éste, el de autoridad. Los nuevos enfoques con respecto a los roles femeninos y masculinos están trastocando severamente las relaciones de la pareja. Los nuevos planteamientos que hace la mujer con respecto a su destino sexual y sus deberes frente a los hijos apuntan a una transformación muy grande de las relaciones humanas y con ello a una organización y funcionamiento muy diferentes del grupo familiar. Es por eso que, a nuestro criterio, se equivocan aquellos que pretenden resolver el problema familiar buscando soluciones prácticas a los más o menos grandes desajustes hogareños. Porque el problema de la familia es *El Problema en la familia*, o sea que aquí se trata más bien de una transformación a nivel cultural y social, que incide naturalmente sobre el grupo familiar. Es un cambio de postura de la gente, como consecuencia de una historia que deshumanizó al hombre y trastocó o distorsionó la naturaleza de sus relaciones con el otro y con el mundo. Es muy difícil amar en la insatisfacción. Una cultura que ha dejado vacíos a los hombres de sus contenidos más esenciales ha dejado también vacías sus instituciones. La institución familiar cobrará nuevo sentido en la medida que el hombre logre dar una nueva dimensión a su existencia.

Bibliografía:

- Mead, M. — El hombre y la mujer. Mirasol, 1966.
- Ackerman. — Diagnóstico y tratamiento de las relaciones familiares. B. A. Hormé, 1966.
- Ausubel, D. P. — Familia y Sexualidad. B. A. Paidós, 1965.
- Calderan Beltrac, P. — Familia y Política Social. B. A. Sudamericana, 1963.
- Langer, M. — Maternidad y Sexo. B. A. Paidós, 1964.
- Symonds, P. M. — Las relaciones familiares. B. A. Paidós, 1965.
- Fabri, F. — C.I.A.S. Rev. año XVII, Nº 174, 1968.
- Havel, J. E. — La condición de la mujer. B. A. Eudeba, 1965.
- Seltman, Ch. — La mujer en la antigüedad. B. A. Eudeba, 1965.
- Fromm, E., y otros. — La Sociedad Industrial contemporánea. Ed. Siglo Veintiuno, 1967.

LA CRISIS DE AUTORIDAD

Julio Barreiro

En medio del profundo conflicto que está vi- viendo la sociedad uruguaya, dentro del cual la crisis de todas sus estructuras (desde la econó- mica hasta la educacional) es el aspecto más vi- sible, no debería provocarnos ninguna sorpresa la crisis de autoridad. En realidad, ésta es un sín- toma de aquel conflicto; un efecto, en todo caso; nunca, una causa.

Ciertos rasgos de este síntoma, quizá nos per- mitirán acercarnos con mayor certeza a los nudos más dolorosos del profundo conflicto. El hombre medio de nuestra sociedad descansa en estos días en la ilusión que le ha creado el autoritarismo que sucedió a los pocos haces de autoridad que la sociedad uruguaya conservara hasta antes de la crisis bancaria de 1965. Y señalamos ese suce- so, no porque haya comenzado allí el proceso de descomposición, sino porque, para la mentalidad del uruguayo común, aquellos episodios le hicie- ron sentir en lo más hondo de su conciencia, —aunque no lo confesara totalmente—, el impac- to de la crisis moral. Siendo como somos, pueblo de mentalidad pequeño burguesa, una crisis de orden moral que venía de las estructuras de aho-

rro, de crédito y de servicios bancarios en gene- ral, a la cual hemos sido tan afines en el pasado reciente, —crisis, por otro lado, que no podía ser imputada a los “comunistas”—, sirvió para que mucha gente empezase a poner en duda la ima- gen “del Uruguay batllista”. Imagen que es muy discutible afirmar que algún día haya pertene- cido al país real. Tal vez, de ahí emane la rapi- dez vertiginosa del conflicto en que cayó toda nuestra sociedad.

De cualquier manera, el autoritarismo que su- cedió a los pocos restos de autoridad tradicional que se mantenían en nuestra sociedad, ha gesta- do en la mayor parte de nuestros compatriotas la ilusión que hemos señalado.

Porque, la autoridad ¿qué es? En otras palabras más significativas a mi juicio, ¿la autoridad *es* o la autoridad se tiene? Si la autoridad *es* en el marco de una sociedad equilibrada, entonces la autoridad se puede tener. Entonces habrá lugar para la clásica definición jurídica: “potestad *atri- buída* a los agentes del Poder Público en razón de su propia investidura”. Advirtamos que en la definición se hace hincapié en la atribución de algo que es previo a toda autoridad: la existen-

ca del Poder Público. Y no puede haber Poder Público sin voluntad popular capaz de crearlo. En las sociedades normalmente constituidas y equilibradamente desarrolladas (tal vez las menos en el mundo moderno) la autoridad *es* y por eso *se atribuye*. Por desgracia, hace años que esto no sucede en la sociedad uruguaya, lo cual había sido disimulado hasta ahora por esa gran máscara que se llama Ley de Lemas, que empezó a agrietarse tras sucesivas aplicaciones de las medidas prontas de seguridad, a través de cuyos procesos, se fue demostrando aceleradamente la descomposición de nuestros partidos políticos y, por ende, la pérdida de los medios normales de creación y de expresión del poder público. En la crisis de los partidos políticos encuentro una de las grandes raíces de la crisis de autoridad en la vida uruguaya.

Pero hay más rasgos a considerar, por cierto. En los últimos meses hemos visto abundar en la vida uruguaya los argumentos de autoridad que han pretendido sustituir a la autoridad. No vamos a hacer aquí el inventario, bien conocido y soportado por la inmensa mayoría de los uruguayos, de los innumerables decretos del Poder Ejecutivo que han sido verdaderos argumentos de autoridad. Ni tampoco vamos a señalar algo quizá menos visible pero no por ello menos penoso, que ha sido la ausencia de actos de autoridad por parte del Parlamento. Ha habido, por ejemplo, la ausencia de un acto supremo que el pueblo esperaba y que hubiese sido, —a pesar de las consecuencias de carácter traumático que habría provocado—, una verdadera demostración de auténtica autoridad: el levantamiento, por parte de la Asamblea General, de las medidas prontas de seguridad.

Por eso conviene insistir en que el argumento de autoridad no es la autoridad; al contrario, demuestra su ausencia: aquellos que más recurren a él son los que se sienten desprovistos de autoridad real.

Permítaseme, en estas páginas, una imagen bíblica que nos ayudará a comprender lo que queremos explicar. Se nos dice al final del Sermón del Monte, que "Jesús enseñaba con autoridad y no como los escribas", oposición característica entre los escribas, especialistas en argumentos de autoridad, y Jesús, depositario de la genuina au-

toridad. Para la aplicación política del caso, la oposición se da entre los actuales personajes políticos investidos de autoridad, y los representantes del pueblo, depositarios de la genuina autoridad. La crisis de autoridad aparece con toda su intensidad conflictual, cuando éstos declinan su función natural. Así, el argumento de autoridad pretende apoderarse de nuestra adhesión independientemente de la verdad de sus pretensiones. Y como es un error fundamental confundirlo con el ejercicio de una verdadera autoridad, los propios creadores de ese tipo de argumento aumentan la crisis con actos de prepotencia, tales como coartar, por todos los medios a su alcance, las expresiones de palabra, de reunión, de pensamiento y hasta de rebelión.

En el sentido más general de la palabra, la autoridad es el poder de hacerse creer o de hacerse obedecer. ¿Quiénes, entre nuestros actuales gobernantes puede tener tal pretensión, cuando han sido brutalmente desechadas todas las fuentes originarias de autoridad?

Mientras tanto, el autoritarismo en que estamos viviendo se va demostrando como el espejo o el reflejo de formas superiores de autoritarismo que penden sobre toda la vida internacional y que hacen tan tenso el panorama mundial. La crisis de autoridad de la sociedad uruguaya es la crisis de una sociedad marginada de más en más. De una sociedad que va pasando, muy rápidamente, —más de lo que la conciencia común de los uruguayos es capaz de comprender—, de un grado de sub-desarrollo a otro mucho mayor. No es de extrañar, entonces, que esa ausencia de autoridad, sea proclive a la violencia. La violencia de todo un sistema económico y cultural, se manifiesta en la violencia policial. El acto arbitrario ocupa el lugar del acto de autoridad.

Pero como el conflicto se está desarrollando entre seres humanos, tampoco es de extrañar que haya respuestas, dentro del conglomerado social que se siente despojado de su auténtica autoridad, que toman la forma del derecho a la rebelión. Porque el aspecto más grave de todo este proceso y que debe preocuparnos hasta perder el sueño, a los uruguayos que nos consideramos todavía hombres libres, está representado por la acción del autoritarismo extranjero, obrando a través de sus agentes nacionales, que consiste

en esta especie de sistemática tarea de destrucción de lo mejor que han edificado nuestros antepasados en nuestra pequeña tierra y a través de nuestra pequeña historia.

El Gobierno autoritario que estantos soportando se ha empeñado, —y lo está logrando en una medida mayor de la que surge a primera vista—, en arruinar, en primer término, a la inmensa mayoría de nuestra pequeña clase media, a lo que podríamos llamar el grupo tradicional de nuestra sociedad. Y lo hace por medios tan sutiles que hasta logra contar con el asentimiento de sus propios integrantes, en ese proceso de destrucción. Asentimiento que se busca, dándoles la ilusión de que se propone restaurar lo que nunca más podrá ser restaurado en nuestro país: el Uruguay batllista. En su obra de destrucción tiene a su favor la naturaleza no regulada por nosotros, de toda nuestra vida económica. Ya la autoridad económica no nos pertenece. Le pertenece al FMI y a los grandes grupos monopolistas, oligopolistas, o simplemente, a las grandes “trenzas” financieras formadas por capitalistas extranjeros en connivencia con la oligarquía nacional.

Este proceso está acompañado, no ya por la clausura de diarios o de partidos políticos o por la persecución sindical, —lo cual es previsible y casi mecánico en el desarrollo del mismo—, sino por una sistemática destrucción de los pilares educacionales que habíamos logrado crear en uso de nuestra propia autoridad. Sus formas más visibles están representadas por el abandono de toda política educativa o por el aislamiento agónico de quienes intentan practicarla. Sus formas invisibles están representadas por los cauces abiertos, desde las esferas de gobierno, a las múltiples formas de penetración cultural que estamos sufriendo.

En suma, se nos quiere imponer una autoridad ajena. Se nos quiere imponer un “nuevo orden” que podrá llevar el nombre de algún dictador vecino, pero que en el fondo no es más que el “nuevo orden” del Imperio. Nunca, pues, había sido tan dolorosa nuestra crisis de autoridad.

Desde el punto de vista humano, sus consecuencias son terribles. La rebelión juvenil, que también empezó a vivir nuestro país, está golpeando dramáticamente la conciencia de miles de padres, incapaces de comprender las hondas raí-

ces de toda esta problemática. El “nuevo orden” no lo ven venir; en cambio, ven irse cánones de autoridad, formas de convivencia, maneras tradicionales de sentir y de entender la vida de familia, que no pueden tener más lugar, en una sociedad hondamente pauperizada, en lo económico y en lo cultural, y que carece de autoridad propia.

Paradojalmente, es en la juventud que debemos depositar todas nuestras esperanzas de recuperar la autoridad perdida. En un continente, como el latinoamericano, donde casi el 50 % de su población anda alrededor de los 20 años, el “nuevo orden” no podrá triunfar por carecer de autoridad.

Pienso que nos tocará vivir la parte más dramática del proceso, a todos aquellos de nosotros que logremos subsistir hasta fines del siglo actual. Pero, a la vez, pienso que asistiremos a la creación de nuevas fuentes de autoridad que habrán de surgir, muy probablemente, con bautismo de sangre. Ya la sociedad uruguaya está involucrada en este proceso, ya no es posible hablar a secas y a solas, de restitución de la autoridad en nuestra pequeña porción de tierra. La restitución de la autoridad será común, pues común es la suerte de nuestros pueblos. Y la restitución de la autoridad, será, en realidad, la creación de nuevos centros de poder. No conozco otra palabra más exacta para definir este proceso que culminará en nuevas formas de auténtica autoridad, que la palabra revolución. Es decir, la creación de “un nuevo mañana y de un nuevo hombre”. Una nueva sociedad.

El poder joven, —“la imaginación al poder”—, es la esperanza que surge más allá de la crisis de autoridad actual. Por eso, no debemos abandonar a nuestros jóvenes. Y no uso esta expresión en sentido paternalista o como “un buen consejero” porque ni lo uno ni lo otro tendrán lugar en la nueva América que ha de ser, sin duda, la respuesta al “nuevo orden”. No debemos dejarlos solos, por la sencilla razón de que en las jornadas de lucha que abundarán cada vez más en los años venideros, no podemos volver a repetir el episodio de sentirnos tocados por la crisis de autoridad en la sociedad uruguaya asistiendo en masa al entierro de un muchacho asesinado por el autoritarismo, para luego dispersarnos “como

si nada hubiese sucedido" o como si de esa forma le hubiésemos pagado las treinta monedas a nuestra buena conciencia. Los jóvenes volverán una y otra vez a protestar contra la falta de autoridad legítima y a medida que lo hagan aprenderán a construir las nuevas fuentes de autoridad que nuestra América necesita para lograr el reencuentro consigo misma.

Los adultos, que hemos contribuido de mil formas distintas, a crear esta sociedad actual, sin autoridad, no tendremos otro camino de reencuentro con nosotros mismos, en lo que pueda quedarnos todavía de hombres auténticos y con autoridad interior, que acompañarles en la asunción de su destino.

CRISIS POLITICA Y CRISIS SOCIAL

Antonio Pérez García

I

Cuando los uruguayos comenzamos a tomar conciencia de la crisis que sacude nuestra ayer Arcadía feliz, se tendió a explicar lo que sucedía por dos factores estrechamente ligados: crisis moral, crisis política, se decía. Tan juntos iban los dos factores que era dable traducirlos así: está en crisis la moral de los políticos. Y efectivamente dicha traducción se hizo, y más de una vez.

Se montaba así una máquina electoral bien afinada, eficaz, pero también peligrosa para su inventor. Si el problema consiste en que los políticos gobernantes son inmorales, el señor elector tiene en sus manos la solución para el país: vote a hombres honestos y probos y el Uruguay caminará otra vez hacia sus altos destinos. A nivel de la fraseología política, esta propuesta podía ser replicada con otra vaguedad semejante: vote a quien vote, el poder corrompe a los hombres, y los buenos opositores de hoy serán los malos gobernantes de mañana. A este nivel de explicación, toda afirmación puede ser replicada hasta el infinito, sin que se produzca ningún progreso real.

De hecho, semejantes explicaciones de tipo moralista cierran el camino para la búsqueda de so-

luciones racionales a los problemas planteados. Desde que todo se reduce al terreno de las decisiones éticas de los individuos, separadas de sus condicionamientos estructurales concretos, caemos en el reino de la indeterminación, de lo imprevisible, de lo incontrolable. El único camino que nos queda es el de predicar la conversión a los políticos, con la esperanza de que el Espíritu mueva sus corazones endurecidos.

Un soplo de realismo se desató a medida que las dimensiones económicas de la crisis (llamadas estructurales por oposición a las circunstanciales que podían derivar de accidentes históricos o de malos administradores) se impusieron a la conciencia de todos. "Reforma de estructuras" llegó a ser un slogan casi universalmente aceptado, bien que con muy diversos contenidos según los usuarios. Correspondiendo los hechos económicos al objeto material de una ciencia antigua y acreditada, la Economía, se comenzó a mirar hacia ella como mecanismo salvador, y creció repentinamente la valoración social de sus especialistas. La esperanza, el trabajo y la frustración de CIDE pautan los momentos de este período, agotado hoy. Es cierto que, explícita o implícitamente, por debajo de los modelos científicamente asépticos se fue deslizado un

sesgo ideológico (o varios), condicionando el modo de leer los datos.

Todos los caminos conducían, inevitablemente, a lo político. Sea que nuestros males estructurales se vieran como consecuencia de la acción del imperialismo, sea que se hicieran depender de la fragilidad de las instituciones políticas internas, por la izquierda o por la derecha se fue llegando a reencontrar lo político en el seno de lo económico. Y hoy por hoy, medidas de seguridad mediante, la discusión sobre la actualidad y los futuros posibles del país pasa siempre por la crisis política, todavía oscuramente diagnosticada, por lo menos a nivel de la opinión pública.

Tal vez sea el momento de tratar de esbozar un marco de referencia teórico que nos haga inteligible el fluir de los hechos, en cuanto tales inasibles y mudos. Tal lo que se propone este artículo. Conviene advertir al lector que no se trata ni mucho menos de encontrar una explicación total del Uruguay: lo que se busca es analizar el funcionamiento del sistema político en sus relaciones con la sociedad global, sin entrar en profundidad en los problemas que se plantean a nivel de cada uno de los sistemas particulares de dicha sociedad y que, ocioso parece recordarlo, realmente *existen*. A otros la tarea de estudiarlos.

II

La aparición y el desarrollo de sistemas políticos diferenciados en el interior de una sociedad es función del aumento de complejidad de las mismas y, por lo tanto, de su creciente diferenciación en esferas de actividad social que median entre los individuos (participantes siempre en más de una de ellas) y la sociedad en cuanto sistema totalizador.

En una sociedad arcaica, estructurada sobre la base de relaciones cara a cara, hay apenas un aparato protopolítico coincidente las más de las veces con los sistemas de autoridad en las tramas de parentesco. Con característica economía de formas, esta situación se extiende y amplifica en las sociedades tradicionales de modo tal que el reino aparece como propiedad de la familia reinante, no sin que se destaque ya escalas de poder más o menos complejas de las cuales el feudalismo es una forma privilegiada. El pasaje a las sociedades modernas, que conlleva una complexificación de la vida social dependiente en gran medida de cambios ra-

dicales en el modo de producción, contempla la aparición de los sistemas políticos ordenados en torno al Estado, esfera a la vez unitiva, totalizadora y especializada de acción social, detentadora fácticamente de la soberanía.

Las funciones básicas del sistema político estatal apuntan a la cohesión de una sociedad cuyas diversas esferas, relativamente autónomas en su desarrollo pero al mismo tiempo relativamente interdependientes, pueden entrar en colisión o estar sometidas a tensiones que arriesgan deshacer la estabilidad del sistema. Al mismo tiempo, entrecruzándose con esta diferenciación si se quiere "horizontal" aparece otra —subsiste, mejor dicho, bajo formas nuevas— "vertical": la de los grados de acceso a las decisiones o sea la estructura del poder social, previa al poder político.

Las ideologizaciones de esta situación tienden a parcializar el fenómeno. Por un lado, la idea hobbesiana de que "el hombre es lobo para el hombre" exige la remisión de la libertad de los individuos a un poder centralizado y absoluto, a quien competará velar por el bien común: el Estado es el Leviatán mítico, redivivo en la terminología política. Por otro, la creencia en la bondad del hombre feral corrompido por la sociedad se pone en la base de la concepción rousseauniana del pacto social —siempre de los individuos— que confiere al Estado un poder delimitado y siempre sujeto a control y reversión al pueblo soberano. Totalitarismo y democracia liberal, en sus fuentes.

Ambas concepciones, por opuestas que sean en más de un punto, comparten una base igual y errónea: la creencia, de raíz arcaica, en la oposición irreductible y concreta entre hombre y sociedad, entre individuo y Estado.

El grave defecto de esta ideologización consiste en dejar de lado un pequeño hecho molesto: no hay tal individuo aislado, salvo por abstracción hecha en la retorta de los alquimistas sociales. En la práctica, el hombre es siempre, en una sociedad concreta, actor de varios roles que lo hacen participante de distintas esferas de acción social, a cuyo nivel se establecen los intereses activos y las relaciones de poder originarias. El problema real no es el de poner de acuerdo a los individuos, sino el de coordinar las distintas esferas de acción social y los diversos grupos de interés, prestos a devenir grupos de presión.

La tarea del Estado es, en realidad, tarea de coordinación, y se manifiesta en una doble función: de un lado, función *integrativa*: el sistema político refleja las presiones que sobre él actúan y trata de satisfacer en el mayor grado posible las aspiraciones de esferas de actividad y grupos con frecuencia contradictorias; de otro, función *decisoria*, con la que asumiendo la capacidad de optar por toda la sociedad, el Estado fija metas y determina caminos —políticas— de alcance global.

Entre ambas funciones se establece, en un orden ideal, una correlación bien definida: el éxito de la integración permite legitimar, sobre un consenso establecido, las decisiones que se adoptan.

La teoría liberal de los partidos políticos parece, superficialmente, responder a este esquema: los ciudadanos, en su rol de electores, ponen en manos del gobierno que eligen el consenso que apoyará las pretensiones de legitimidad de las decisiones que se adopten.

Pero la realidad no se compadece con la teoría. La diversidad de los partidos políticos aparece sustentada, en la visión liberal, por la diversidad de opiniones que se da *entre los individuos* acerca de cómo debe ser conducida la cosa pública. Es más: se mira con sospecha la organización a niveles inferiores al propio sistema político, y se la procura evitar con armazones legales de las cuales la ley Le Chapelier es el arquetipo. Pero la realidad, rechazada a nivel de las abstracciones jurídicas, sigue subsistente, y pronto reclama sus derechos.

Es que no solo los individuos participan de esferas de acción y de grupo más o menos organizados, sino que su propio pensamiento político (su pensamiento todo) está determinado por la situación social estructurada en la cual actúan. No es de cada individuo su pensamiento político, sino del sector social al cual pertenece. Para decirlo en términos que, científicamente hablando, requerirían elucidaciones que no será posible proporcionar aquí, el pensamiento político del que son portadores los individuos es pensamiento de clase. Las excepciones no pasan de ser eso: excepciones, y en modo alguno invalidan la ley formulada.

Si hemos hablado de “clase” es precisamente porque a nivel de clases sociales parecen condensarse las diversas concepciones del quehacer político, de lo político mismo. Al menos en las sociedades modernas, a las cuales nos referimos aquí.

Dado que una clase no es una realidad monolítica es posible que, dentro de un limitado entorno, puedan aparecer programas políticos diferenciales y susceptibles de ser usados por distintos partidos políticos. Pero estas diferencias juegan dentro de acuerdos, explícitos o implícitos, que coinciden con el común denominador en la concepción de la sociedad que posee la clase.

El sistema de los partidos liberales podía funcionar idealmente en una no menos ideal sociedad sin clases. No en vano una de las ideas obsesivas del liberalismo es la negación de la existencia de clases sociales, a no ser que se las acepte como meros, deslavados, “niveles de estratificación” salidos de la mente del sociólogo-ideólogo y aplicados a la realidad desde fuera. No en vano, tampoco, los comienzos de la democracia liberal establecieron condiciones que daban, de hecho, el manejo de la sociedad políticamente organizada a todos los *ciudadanos*, categoría ésta que es una subclase de la clase individuos de una sociedad: el voto censitario, la privación del voto a los analfabetos, la exclusión de los militares (caudillos populares actuales o en potencia!) en nuestra primera Constitución. La sociedad democrática construida por la burguesía era una democracia para la burguesía, pero no podía dejar de ser una oligarquía para el conjunto de la sociedad.

La presión no ya de los individuos desconformes, sino de los grupos marginados por el sistema, progresivamente organizados y poseedores de un poder real creciente, rompió las limitaciones preparadas por el sistema para subsistir. Los grupos de presión hicieron irrupción en la vida política, o, mejor dicho, se ensanchó el frente de grupos capaces de presionar sobre la política. A través de muy diversos mecanismos los partidos políticos se convirtieron en mecanismos transmisores de las presiones ejercidas desde el poder social difuso, institucionalmente ignorado, pero no menos real. El rechazo moralizante que inspiran los grupos de presión en determinados pensadores políticos no es sino un resabio ideológico nítidamente individualista. Los partidos abiertamente monoclasistas, el *lobbying*, la proteica, atomizada estructura de nuestros partidos tradicionales, no son sino otras tantas formas de hacer lugar a la sociedad organizada, antes de la instancia política, en un sistema políti-

co formalmente representativo de los individuos aislados.

III

La democracia liberal ha llegado así a una crisis, que, sin necesidad de dar a la frase una connotación rígidamente marxista, llevaba en su seno desde su nacimiento. Examinemos un poco más de cerca los términos de esta crisis.

En la medida en que el sistema político de cuño liberal se ve forzado a hacer lugar a las múltiples y contradictorias presiones que provienen de los distintos sectores de poder social, la función integradora de que hablábamos más arriba comienza a primar sobre la función decisoria. En rigor, la posibilidad de adoptar planes de largo alcance, con una visión de conjunto, supone que el poder político se apoye sobre un sustento social de poder, suficientemente fuerte como para anular o minimizar las oposiciones que pueden surgir. En el largo plazo, una política semejante puede incluso disminuir la oposición, si los programas contemplan la construcción de condiciones satisfactorias para la totalidad del sistema social. De hecho, además, allí donde los centros de poder están densamente concentrados es posible que la función decisoria se ejerza prolongadamente sin tener en cuenta la función integrativa, desde que el poder en manos del Estado (y de quienes lo respaldan) es suficiente para reducir a mínima expresión toda oposición.

Lo habitual en los países democráticos (dando a esta expresión su contenido periodístico banal) es que sea necesario llegar a ciertos compromisos entre los distintos centros de poder, en la medida en que estos se oponen y ninguno dispone de fuerza suficiente para imponerse definitivamente a los otros. La capacidad decisoria estatal queda así seriamente comprometida, y la política gubernamental adquiere ese aspecto de recocado de compromisos que tanto desprestigio ha atraído sobre la democracia. La capacidad de despilfarro de un sistema tal no tiene por qué ser subrayada.

Este juego de compromisos constantemente rehechos es viable en la medida en que la adaptación de la sociedad al medio según ciertas pautas establecidas de aspiraciones se hace temporariamente posible: en la medida, dicho en buen romance, en que la economía permite seguir satis-

faciendo ora a unos, ora a otros. Hay aquí una interacción entre política y economía que sería útil, en otra oportunidad, poner de manifiesto: la estructura de las decisiones políticas, afecta a la economía, y ésta actúa como límite para la duración posible del juego. Es indudable que las economías más frágiles están más expuestas que otras a la ruptura del proceso, y tal parece haber sucedido en nuestro caso.

Los compromisos tienen mala imagen pública, y no es de extrañar que sean juzgados en términos morales, como hemos visto al comienzo de este artículo. Pero lo que está en cuestión, realmente, es el sistema político en su conjunto y, en cuanto lo político es también reflejo de la sociedad global, es ésta la cuestionada.

La reacción inevitablemente llevará hacia una acentuación de la capacidad decisoria del Estado, aún con el sacrificio de muchos intereses parciales. Pero es un hecho que esta capacidad decisoria debe apoyarse sobre una base de poder social prepolítico: sobre el poder de clase, en definitiva. Lo que hace "derechista" o "izquierdista" a una política así es la clase social a la cual se recurre como apoyo. Nuevamente, los cálculos abstractos pueden resultar erróneos. Se puede pretender el apoyo de las clases dominantes en la esfera económica, con vistas al fortalecimiento del poder económico y, ulteriormente, al desarrollo de una política "popular". Pero el apoyo se puede convertir fácilmente en red, y la telaraña de ciertos maquiavelos termina atrapando a sus constructores. Ejemplos no faltan, por cierto.

El análisis de la situación actual de la política nacional debería llegar todavía más allá: al contenido y a la viabilidad de las políticas encaradas por el actual gobierno, que parece ciertamente tratar de ensanchar su capacidad decisoria. No es muy claro que el mero autoritarismo, sin programas sociales de largo alcance, ligado a un modelo del Uruguay seguramente perimido, asegure la estabilidad a largo plazo del régimen, aunque puede hacer imposible el sueño de la revolución al amanecer de mañana. Su capacidad desintegratoria parece flagrante. Pero no es éste el lugar de semejantes análisis concretos.

Una última observación, en adelanto a posibles objeciones. Se dirá que no aparece, prácticamente, referencia alguno al imperialismo, en todo el trans-

curso de este artículo. No es que no lo consideremos importante, pero nos hemos limitado *metodológicamente* al análisis de variables (y no todas) del sistema político interno. En todo caso, conviene tener en cuenta que la realidad social (incluyendo lo político) de un país periférico no es una mera

pasividad, sobre la cual se aplica sin resistencia ni modificación la fuerza externa del imperio. La relación que se da es de verdadera interacción, mal que pese a quienes prefieren tener una explicación fundamental, única, mágica de la historia.

CRISIS DE VALORES: EL FIN DE UNA EPOCA

Ricardo Cetrulo

I

El Uruguay feliz, el Uruguay privilegiado se encuentra en crisis. Hoy nos hemos habituado ya a la palabra y a la realidad a que apunta. No sé, en cambio, si hemos detectado los alcances de su contenido en cuanto giro irreversible en nuestra historia, o si por el contrario, con nuestra connatural psicología de avestruz nos aferramos a los cabos de esperanza que una propaganda nunca como hoy inteligentemente orquestada nos lanza cotidianamente: un poco más de trabajo, un poco más de orden y la Suiza de América podrá volver nuevamente a sus caros "ideales" de un ayer cercano simbolizados por esa cadena de chalets cerrados nueve meses del año que jalonan nuestras costas. Un poco más de esfuerzo —se nos dice— y salimos. Ya estamos saliendo. Pero cabe preguntar: ¿de dónde? ¿hacia dónde? y sobre todo ¿a qué precio?

Esperanzas huecas, o realismo, todo depende del nivel en que se sitúe la crisis y de la comprensión que se tenga de ella, o bien como transitorio "impasse" económico o financiero solucionable si ponemos las condiciones —sean cuales fueren— para recibir una inyección de capitales —vengan

de donde vengan— o bien, más profundamente, como un conflicto serio e inevitable, porque ya está ahí, entre dos maneras de concebir al hombre y las relaciones entre los hombres en la sociedad. En el primer caso se trata de una crisis económica, que se pretende transitoria. No lo es en realidad. En el segundo caso, se trata de una crisis de valores que afecta a todo el sistema social en su dimensión política, económica e ideológica. Lo importante en este caso es clarificar qué es lo que realmente está en juego —sin máscaras, sin slogans que tapan los problemas e impiden las opciones— y afrontar el hecho de que el Uruguay de la primera parte del siglo ha desaparecido y se debate hoy entre dos alternativas: la regresión a un pasado que creíamos definitivamente superado o la evolución hacia un Uruguay nuevo. ¿Qué queremos decir con esto?

II

Los términos del problema.

En un primer nivel de análisis tratemos de situar en nuestra historia reciente cómo se fue planteando la situación que hoy vivimos.

1956 es un año clave para nuestro intento. En él se levantaron las primeras voces de alarma que nos volvían desagradablemente a la realidad. En este sentido escribía el articulista de un diario, entonces en la oposición:

"Vivimos una crisis de madurez. Para un país como para un hombre es el momento en que se toma conciencia de los propios límites. 1956 nos ha confirmado en la existencia de los nuestros y consistió esencialmente en esta experiencia: el choque sobresaltado en todos los sectores, contra los barrotes de nuestra celda." ("La Mañana", 31 de diciembre de 1956. "Crisis nacional de madurez". Firmado por las iniciales E. B.).

Esa celda no ha hecho sino achicarse desde entonces. Independientemente de los cambios en el gobierno (cambios de partidos y de fracciones dentro de ellos) se ha ido aplicando con extraña coherencia una política económica y financiera que ignora sistemáticamente los aspectos estructurales más profundos de nuestra crisis. Los resultados los percibimos hoy: vivimos en la prolongación de lo que en el '56 aparecía como germen.

El articulista mencionado profetizaba entonces: "La lección es clara, si queremos aprenderla: el paraíso para emigrantes de otras épocas ya no existe, la fruta no cuelga de los árboles..." (Ib.) Es decir, el Uruguay próspero, artificialmente próspero sin duda, pero próspero al fin, de los años anteriores había desaparecido definitivamente. Sin embargo, la imagen del Uruguay, isla privilegiada de A. L. fue persistente (1). Sólo los hechos —la progresiva pauperización de la clase media, la creciente distancia entre salarios y costo de la vida— nos forzaron a aceptar nuestro lugar doloroso en la sociedad latinoamericana, y a proyectar la vieja imagen en un pasado casi mítico.

Lo que no sospechábamos en 1956 e incluso hoy nos cuesta creer —aunque también aquí los hechos no dejan lugar a dudas— es que con el Uruguay próspero y feliz desaparecería también el Uruguay *modelo de democracia liberal*. Sabíamos, por más que nos haya costado convencernos, que habíamos ingresado en América latina por nuestra pobreza. Hoy comprendemos que el dejar de ser una excepción en lo económico, comporta el dejar de ser excepción también en lo político. En nuestra acelerada carrera de una sociedad de clase media predominante hacia el biclasismo propio del subdesa-

rollo, la democracia liberal se convierte en un lujo.

El problema no es nuevo —aunque hoy en una etapa de radicalización lo constatemos más agudamente— ni surgió de un día para otro. Ya desde 1956 en adelante, la prensa registra con alarma la consolidación de una clase obrera que se organiza y lucha por sus reivindicaciones económicas (2). Permitásenos citar algunos testimonios tomados al azar:

"Existe hoy una masa obrera numerosa, tipo social novísimo dentro de nuestra economía. Se ha ido gestando en los últimos lustros. Es todo un cuerpo o clase social que se crea repentinamente dentro del país, con problemas e ideales propios, con necesidades irrenunciables, y modos de pensar privativos de ese tipo humano. Este resultado pudiendo ser previsto, no lo fue; ni se tomaron en cuenta sus límites, es decir, la capacidad del organismo social para absorber al hombre nuevo, dándole la educación pertinente y la oportunidad de una forma de vida que pudiera satisfacerlo.

...No los conflictos obreros como tales (porque las huelgas son el instrumento necesario e inevitable de las reivindicaciones sociales) sino su ferocidad, su gravedad sin paralelo en la historia de nuestro país." ("La Mañana", 31-XII-56. "Crisis nacional de madurez". E. B.).

En 1965, el entonces Ministro del Interior Sr. Tejera, en plena crisis bancaria, se refiere en una parte de su discurso a los problemas gremiales:

"Por diversos motivos el orden cívico camina peligrosamente hacia la corrupción.

La movilización gremial que ha alcanzado niveles descomunales y el alcance del auge gremial, sindical, se ha desarrollado a niveles desmesurados para la realidad nacional, va acusando perturbaciones de diverso orden.

... La agitación social sólo causa una honda perturbación y tremendo perjuicio a la nación. Se ha subvertido el derecho de huelga. En 11 meses ha habido 230 paros en la Administración Pública. En los últimos 15 meses que van desde enero de 1964 al 31 de marzo de 1965 se han llevado a cabo 657 paros, huelgas y ocupaciones de fábricas en la suma de empleados públicos y privados. Y la culminación de toda esa agitación ha sido la marcha de los cañeros." ("El País", 27-IV-65) (3).

A través de estos testimonios y otros mil que podríamos espigar de la prensa en el último decenio, se advierte la tona de conciencia de la aparición de una nueva clase que pugna por integrarse en la vida nacional, de una manera más total y más compleja que por la simple participación

cial y un paso hacia la liberación del hombre —tal el caso de la libertad e igualdad que marcan el paso de la sociedad feudal a la sociedad moderna— al estereotiparse y cerrarse a su propio dinamismo se convierten en abstracciones inhumanas capaces de justificar todo tipo de arbitrariedad.

Pero simultáneamente, la sociedad continúa su evolución: al impulso del progreso técnico, nuevas formas de producción industrial, permiten a grupos humanos dentro de la sociedad el acceso a un nuevo tipo de conciencia, el descubrimiento de nuevos valores que entran en conflicto con las instituciones que expresan los viejos valores.

Eggers Lan expresa este conflicto en los siguientes términos:

“Vivimos en el momento en que la técnica y la industria no sólo permiten al hombre dominar la naturaleza y ser más hombre, sino que, además, posibilitan una comunión de los seres humanos como jamás se ha logrado, a través de los nuevos medios de transporte y comunicación, así como del trabajo en común en las fábricas, a diferencia del aislamiento de los artesanos y campesinos.

Y en este momento precisamente él capitaliza a los seres humanos, los atomiza a través de la propiedad privada y del egoísmo individualista.”⁽⁹⁾

Eggers Lan señala, pues, la contradicción del sistema económico que se ha desarrollado junto a la democracia política: tiende por su propio dinamismo a descubrir una nueva concepción del hombre

y de la sociedad, a la vez que su rigidez institucional es fuente de alienaciones fundamentales.

Cuando esa contradicción llega a un punto crítico, cuando por el desarrollo interno de la sociedad sus miembros experimentan de una manera nueva su ser en el mundo con los demás —lo cual, por un lado, destruye el consenso y por ende la legitimidad de las instituciones que lo expresan, y por otro lado se convierte en exigencia de una nueva institucionalización— estamos en presencia de lo que podríamos llamar una quiebra o fractura de la historia, o simplemente, una crisis. Es la realidad que estamos viviendo. A lo largo de este artículo debería haber quedado claro que los factores en juego no son la legitimidad versus la subversión, sino dos concepciones del hombre y de la sociedad. Una que ve la sociedad como una yuxtaposición de individuos como mónadas aisladas, cuyos derechos teóricamente son salvaguardados, aunque en realidad sólo se trate de los derechos de una minoría. Otra que acentúa los valores de comunión, y de solidaridad real.

Si quienes tratan de evitar la eclosión de esos nuevos valores reprimiendo los grupos humanos que los sustentan, destruyen la legitimidad que dicen defender, eso simplemente muestra el dilema de la democracia liberal cuando no está dispuesta a llegar a las últimas consecuencias del dinamismo que ella misma puso en marcha. Es el dilema del Uruguay de hoy.

(1) Ver en el mismo número de “La Mañana” ya citado, el editorial en que se describe al Uruguay privilegiado: “Porque al margen de toda efusión nacionalista, nuestro pequeño Uruguay es, tal vez junto con Argentina, un verdadero privilegiado en América del Sur. Todo nos favorece: el clima, la situación geográfica,

la composición racial, la excepcional aptitud productiva para renglones exportables cuya demanda está en constante aumento, la facilidad de transportes, la ausencia de antagonismos regionales”. (31-XII-56. “En 1956 el Colegiado siguió malogrando las mejores posibilidades del país”).

- 2) Véanse los términos entusiastas con que "El Popular" daba cuenta de este fenómeno el 31-XII-57.
- 3) El lector convendrá en que lo que realmente puso al país al borde de la ruina fue la crisis bancaria cuyo "dossier" fue rápidamente cerrado y olvidado.
- 4) Seymour Lipset. *Political Man*. Doubleday and Co. Garden City, New York 1963, p. 71.
- 5) "Las únicas repúblicas que llenan las condiciones de los procedimientos de una democracia estable son los Estados Unidos y Suiza, más Uruguay en América Latina". Op. cit., p. 66.
- (6) Seymour Lipset. Op. cit., p. 64.
- (7) Cf. "Los rancheríos y su gente". Universidad de la República. Dep. de Extensión universitaria. Montevideo, 1968, pp. 89 y 91.
- (8) Landauer, G., Die Revolution. Cit. por P. Demo, Sociologia da Revolução. Vozes 8 (1968), 691-692.
- (9) Conrado Eggers Lan, Cristianismo y Nueva Ideología. Ed. Jorge Alvarez. Buenos Aires, 1968. p. 105.

CRISIS DEL FORMALISMO: DE LA DEMOCRACIA COMO MITO

Beatriz Garmendia

Debemos reconocer que no sin haber meditado seriamente sobre las derivaciones y equívocos que podía suscitar nuestro título, optamos por mantenerlo; no sin haber realizado incursiones por el diccionario, buscando un término que pudiera despertar menos suspicacias, en un momento en que, desgraciadamente todo parece querer resolverse en términos de falsas antinomias; democracia-dictadura; orden-violencia; libertad-opresión, etc. Lo que queremos significar y pretendemos desarrollar en el presente trabajo, es que ha habido en algunos grupos una hiper valoración de la democracia, y de sus aspectos políticos, en particular de nuestra democracia, tanto interior como exteriormente. Se nos ha —y nos hemos— erigido en el prototipo o el paradigma. En ello hemos cifrado un orgullo que compensara nuestra pequeñez —no sólo geográfica—. Al héroe de carne y hueso lo hemos transformado en un personaje mítico, despojado de defectos, rebotante de virtudes. Hoy ante el panorama de la crisis que nos golpea nos encontramos con que aparentemente el ídolo tenía pies de barro.

Insistimos, no se trata de poner en tela de juicio ni “la” democracia, ni “nuestra” democracia. Simplemente creemos que es el momento de puntualizar, de llamar a cada cosa por su nombre, de liquidar ilusiones.

Nuestra crisis es exteriorización de problemas estructurales, y no simplemente coyunturales. Estamos ante deficiencias de estructura y del “sistema” económico. Pero estas deficiencias que hoy hacen eclosión se remontan muy lejos, a los primeros años de nuestra vida independiente, si no antes.

Se han arrastrado unas, atenuado o solucionado parcialmente otras. Todo ello con alti-bajos, con oscilaciones pendulares de prosperidad y depresión, en un marco en el que las notas de “nacionalidad” y “alienidad”, alternan los grados de intensidad o presencia.

Se nos ocurren por lo menos dos preguntas. ¿Cómo se ha alimentado el “mito”; y cómo, o en virtud de la conjunción de qué factores, es que recién ahora nos enfrentamos a la crisis?

El trabajo sólo pretende esbozar algunas líneas interpretativas que servirán para empezar a comprender esta especie de “milagro” uruguayo al revés. No se trata, sin embargo de un sistema de hipótesis, sino de un conjunto que creemos coherente, sabiendo que no es posible manejar todas las variables que intervienen o han intervenido.

De las ilusiones que existen respecto a la democracia.

En tren de las necesarias puntualizaciones que

pueden conducirnos a esclarecer conceptos fundamentales, veremos en primer término lo que hemos llamado hiper valoración de la democracia a partir de la primera década de este siglo.

"Técnicamente considerado el orden democrático tal como fue recibido en Latinoamérica suponía la existencia de un conjunto social homogéneo compuesto por ciudadanos equivalentes. Si cada ciudadano vale políticamente por uno en la cuenta de las mayorías y minorías, se admite formalmente aquella equivalencia consagrada por lo demás en la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano y en todas las constituciones latinoamericanas. Pero esta equivalencia política está comprometida por las constricciones económico-sociales hasta tal punto que de hecho se torna ilusoria aún en teoría". La sociedad latinoamericana está compuesta por ciudadanos de disímil valor según condiciones sociales que no están escritas pero gravitan sobre las actitudes y la capacidad de decisión de una manera radical. Presiones sociales, económicas y culturales actúan sobre los individuos de manera inversa y en relación con su posición en una escala que, excepto su consagración legal, tiene todos los rasgos de una ordenación timocrática sin perjuicio de su fluidez: hay, en efecto, vigorosos fenómenos de movilidad social, pero subsisten siempre, o se constituyen grupos de individuos que operan como si tuvieran una *capitis diminutio*" (1).

Consideramos que si bien para algunos —y en virtud de una confusión de problemas políticos con problemas jurídicos e institucionales— se ha llegado a configurar la noción de que la democracia constituye un sistema de formas, y se ha distraído la atención respecto a sus contenidos sociales; para otros, estos contenidos están virtualmente o potencialmente presentes y basta un mayor perfeccionamiento de los mecanismos políticos para que se desarrollen esas virtualidades trayendo como resultado la adecuación o ajuste del orden institucional y la realidad social. Se creyó, y se sigue creyendo por muchos, que sin esfuerzo de concreción o elaboración de contenidos de la democracia política surgiría la democracia social. Hubo sobrevaloración de los factores políticos. Se vivió durante mucho tiempo en el deslumbramiento de la libertad, igualdad y soberanía populares. Ese desenvolvimiento impidió ver que se po-

dría caer en formalismos jurídicos o en ilusiones, por ejemplo respecto a la capacidad del ciudadano común para controlar al Estado (2). Voluntad, soberanía popular, tienen escasas y cada vez menos trascendentes oportunidades de manifestarse, no formal sino sustancialmente, frente a la complejidad o poder de grupos con fuerte cohesión social. También se han enfatizado otros valores y conquistas como la participación del ciudadano en la vida política (3). Es evidente que, insistimos, sin negar su trascendencia, el voto es totalmente insuficiente como forma de participación, dada la complejidad al nivel que se juegan y resuelven problemas vitales para la comunidad.

Todas estas ilusiones y valoraciones erróneas fueron creando y manteniendo el mito; desviaron la atención de conquistas que era preciso ampliar, perfeccionar y continuar hacia otras que se contemplan y atesoran exclusiva y celosamente. Con ello también se desviaba temporal o parcialmente la atención de los problemas subterráneos, o se los escamoteaba.

Genesis del mito. — perspectivas históricas.

Dentro de este marco conceptual de hiper valoración de los factores políticos, luego de una trayectoria de más de sesenta años de estabilidad institucional, con una situación social que no presenta los contrastes y la agudeza del resto de los países de América Latina, se explica la imagen que ofrecemos para los de "afuera".

Interiormente además del elemento comparativo y de prestigio, han funcionado otros mecanismos sustitutivos que analizaremos en su perspectiva histórica.

Hoy, cambios económicos que afectan la estructura económico-social en su totalidad, han alterado en cierto modo las condiciones tradicionales de vida y ciertos grupos han adquirido conciencia de que no están plenamente representados en el orden institucional; la adhesión pasiva, el consentimiento generalizado han desaparecido. El cuadro adquiere contornos de crisis.

Pero, como nos preguntáramos anteriormente, si los problemas estructurales se arrastran desde tiempo atrás ¿por qué recién ahora hacen crisis?

Si, como dice Romero, la democracia solo podría funcionar correctamente en una sociedad sin pri-

vilegios, y si ha funcionado correctamente, ha sido porque circunstancias sociales y culturales "han permitido que los grupos no privilegiados consintieran activa o pasivamente en los privilegios de los otros grupos. ¿Qué ha pasado en nuestro país? ¿Constituimos acaso una sociedad particularmente afortunada donde los privilegios y diferencias no se dieron? O ¿qué circunstancias sociales y culturales hicieron posible su aceptación por parte de los desposeídos?

La primera alternativa es evidente que no se dió. No sólo una ligera incursión por nuestra historia nos lo confirma, sino que la propia situación que hoy vivimos con las características que se analizan en otros trabajos del presente número lo ratifican.

Si la democracia supone los contenidos sociales del ambiente donde se desarrolla y evoluciona, ¿cuáles fueron esos contenidos en nuestro caso?. De aquí, en parte, por cotejo con el resto de los países de América, en parte por evolución de algunos de sus "contenidos", surge la materia para el "mito".

No debemos ni podemos olvidar —ya que sería falsear la realidad— que por diversas circunstancias —tipo, valoración y explotación de nuestra riqueza, modo de colonización— constituimos en sus orígenes una sociedad de escasa diferenciación y distancia social. El régimen primitivo, que dejó secuelas durante largo tiempo, de tierra de nadie y riqueza de todos, con un régimen de explotación que en cierto modo identifica en el trabajo a dirigentes y dirigidos, crea comunidad de valores y de actividad. La diferenciación se creará con relación al medio urbano, el cual mantendrá y aumentará las distancias; será factor a cuyo favor se dirimirá el "pleito" ciudad-puerto, campaña; cuyo crecimiento como centro de actividades terciarias no llegará a ser compensatorio de la cristalización estructural que se producirá en la estructura agraria, a la vez que de la polarización social que traerá como resultado.

Si a la escasa diferenciación y distancia social le agregamos las limitadísimas posibilidades de interacción que existían, dadas las condiciones de vida y la debilidad de los contactos reales, las facilidades de supervivencia en un medio de vida simple y primitivo; si recordamos que el grupo de la gente "principal", que conformaría las es-

tructuras económicas, los usos, costumbres y mentalidades: los "patricios", no constituyen una "casta opuesta y distinta al coloreado mundo de la plebe americana", que "no tienen una procedencia distinta y ajena al contorno étnico y humano de su tiempo" ⁽⁴⁾: tendríamos configuradas algunas de las precondiciones para el mito de la homogeneidad social sobre la cual "planearía" con posterioridad la nueva organización política e institucional.

Sin embargo, más tarde su condición de clase "principal" se ve rubricada por la asunción de las tareas verdaderamente principales de nuestra sociedad: se transforman en "dueños del poder político y de la jerarquía social de la República por ellos mismos constituida", y adquieren conciencia de que "hay una aristocracia legítima en sí, y necesaria para la felicidad y el progreso del pueblo: la de los mejores, es decir, de los más honrados y capaces" ⁽⁵⁾. Constituyen entonces una especie de aristocracia; aristocracia que reconoce y consagra la Constitución de 1830, entre otras razones por las condiciones impuestas para ser senador y diputado; y por la exclusión de los militares. "Esta precaución revestida de una exterioridad civilista, cara al sentimiento liberal, implicaba en el fondo, un impedimento para el acceso y representación de la "plebe" criolla articulada en los cuadros del ejército, a través de sus jefes y oficiales más prestigiosos. Con estas exclusiones quedaba delineado el perfil institucional de la República a imagen y semejanza de la clase constituyente: el Estado era el patriciado y el patriciado era el Estado". ⁽⁶⁾.

¿Qué mecanismo de aceptación o consentimiento funcionan según la tesis de Romero?

No debemos olvidar que el país vivió más de setenta años de inestabilidad institucional. Pero no es por haber cobrado significación los grupos rurales, no es por habersele otorgado representación en la vida política activa que se desencadenan los factores de oposición al cambio ⁽⁷⁾. Es precisamente la falta de representación y participación que crea esos nuevos cauces que suponen un desconocimiento de toda una superestructura ajena, extraña, que constriñe y no "da juego" a las "fuerzas vivas". Este período es el ejemplo más cabal de la ajenidad de la ideología principista e impregnado de individualismo y liberalismo, luchando por los derechos individuales, crearon una organización formal que campeaba por encima de una realidad

social que estaba en plena efervescencia. *Las revoluciones no sólo constituirán los verdaderos canales de coparticipación política*, sino que dilatarán o permitirán el mantenimiento de un estilo y concepción de vida, prorrogarán un sistema económico, en un medio donde las líneas que provenían desde la etapa funcional se mantienen subterráneamente aquietadas. En efecto, el país llega a vivir una vuelta a las formas primitivas de explotación... "la vaquería, el corambre, las arreadas hacia Brasil, en última instancia la matanza indiscriminada sólo por el cuero. También afirmó las viejas relaciones sociales que existían en el medio rural. La inseguridad, el aislamiento, el nomadismo de la población" (8). Incluso renacen las viejas formas de dependencia personal que habían regido durante el coloniaje (9).

Por otra parte, todavía subsisten —dado el sistema de explotación y propiedad de la tierra—, grupos de productores medios; la polarización de la estructura agraria se producirá más tarde, como veremos.

Influencias exógenas —directas e indirectas— introducirán cambios en el tipo de explotación (cría del ovino, mejora del bovino) traerán una nueva valoración de nuestra riqueza pecuaria, de su forma de explotación y con ello, la de la tierra. Se pone sobre el tapete un problema que se arrastraba desde la colonia: reparto irracional, titularidad indefinida, simple apreciación, separación de la titularidad de la tierra y posesión del ganado; minifundios ganaderos derivados de la existencia de ganaderos sin campos o con campos desproporcionadamente chicos con relación al stock de ganado; minifundios agrícolas; uso común de tierras y aguadas. La estructura dicotómica que veía facilitado su mantenimiento por la carencia de comunicaciones —que dificulta las interacciones positivas y negativas—, que impide o enlentece la transmisión de valores, y obstaculiza la consolidación del Estado, se ve amenazada. El Uruguay se encontrará a las puertas de lo que ha dado en llamarse la modernización, tomando, consolidando, cristalizando las corrientes subterráneas de la colonia. Se producirá un ordenamiento racional y eficaz de las estructuras antiguas, permaneciendo inalteradas en favor de un grupo restringido, las esencias del orden primitivo. La consolidación de la propiedad, los sistemas empleados, llevan a la desaparición

de determinados grupos sociales y afianzan una nueva élite heredera del viejo patriciado. El poder económico de un sector restringido, que actuara como grupo de presión en un momento de crisis y desconfianza en el libre juego de las instituciones democráticas se ve consolidado.

En éste, que podríamos llamar, segundo momento, la sociedad uruguaya entra en una de las etapas de consolidación de las estructuras socio-económicas; la equivalencia política de los ciudadanos se ve poderosamente constreñida por factores económico-sociales; el cambio se traduce para la mayoría en pérdida de "status", los fenómenos de movilidad descendente se presentan con gran agudeza; se constata lo que Barran y Nahum han dado en llamar casos de desocupación tecnológica.

Las preocupaciones de orden político e institucional parecen relegadas a segundo plano. ¿Cuáles son los mecanismos que han funcionado? Hubo aquí un grupo de presión que jugó un papel de singular importancia en éste que se ha dado en llamar proceso de modernización: la Asociación rural. "La función de la ideología de la Rural —nos dicen Barran y Nahum— ha sido la de dinamizar un proceso externo al hombre por ser económico - proyectándolo a su conciencia". —Nosotros creemos algo más.

Creemos que la acción de la Rural en su propaganda y asesoramiento de la acción de gobierno tuvo las características de una verdadera ideología —con apariencia de cambio— de dominio. Es además expresión de uno de los grupos de poder económico en el país. Sus ideas eran coparticipadas e impulsadas por otros de diversa actividad ocupacional pero de igual poder y prestigio. De la prédica de sus miembros, de las actas de directiva, surge:

— una concepción esquemática de la realidad de coherencia variable.

— condicionada por la situación económico-social y cultural del propio grupo que la sustentaba.

— suponía un cierto enmascaramiento de la realidad.

— tendía a incitar a la acción en dirección de los intereses del propio grupo (10).

"El pensar ideológico tiene la fuerza potencial de hacer que cambie la situación en la medida que ésta sea concreta y factible de ser manejada por la actividad de determinados grupos (de inte-

rés, de presión, o políticos), según "planes en el mundo" impulsados por sus conveniencias, que, por supuesto, son consideradas como vitales" (11).

Creemos que la ideología de la Rural con la apariencia y defectos de una ideología de cambio constituye uno de los ejemplos de la relación estrecha que existe entre ideología de cambio y de dominio; casi nos atreveríamos a decir que existe una especie de ambivalencia. Por un lado se presenta rodeada de intentos moralistas, decide cuál es la solución y pensamiento correctos y cuáles los erróneos. Impulsa y desencadena una revolución en el orden tecnológico, en el tipo de explotación económica de la estancia y, por ende, en las relaciones sociales. Por otro, cristaliza las estructuras, consagra y consolida las líneas de poder económico de una élite restringida, según líneas subterráneas existentes desde la Colonia. El régimen de propiedad, unido al tipo de explotación que consagra, dirime definitivamente un sistema de relaciones sociales que había permanecido indefinido. Si en un momento de las luchas revolucionarias pudo haber tomado otro viraje, ahora, sin elemento aglutinante, la indefinición ideológica, la incapacidad de constituirse y funcionar como "grupo"; las dificultades o imposibilidad de crear una interacción intensa entre quienes estaban implicados" (una de las causas por las cuales no se fusionaron como grupo), fomentó y desarrolló las contradicciones internas a la vez que impulsó —debido a esa incapacidad ideológica y de sentido grupal— hacia las líneas del poder político, a los cauces de las luchas revolucionarias en contra de un sistema y organización institucional que no los reconocía, ni les daba posibilidades de gestión más o menos directa. La "ajenidad" de ciertos principios y valores, la adhesión integral a otros, que en un momento determinado no dirimían el conflicto, favoreció la atomización, y por contraste, al amparo de determinados intereses exógenos, el fortalecimiento del grupo representativo de los intereses y del poder económico.

Mencionamos el tono moralista de la prédica y propaganda del grupo de la Asociación Rural. A pesar de que suponga una ligera desviación del hilo de nuestro análisis, queremos recalcar el término "grupo" con el cual tipificamos a los hacendados de la nueva época. Hay quienes hablan de una nueva clase alta, rural, imbricada con el patricia-

do. Nosotros no sólo por indefinición terminológica, sino por precisión conceptual preferimos no emplear el término para este caso. Lo cierto es que nuevos valores, con un tono altamente moralizante, a la vez que de implícita censura —que impulsan a una acción concorde— hacia los dos sectores extremos de la sociedad uruguaya surgen y se difunden desde el seno de la Asociación: espíritu de empresa, de riesgo, racionalización de la conducta, afán de lucro, frugalidad, sentido del ahorro, individualismo y voluntad de poder "constituyeron las características comunes en estos hombres nuevos de la segunda mitad del siglo XIX uruguayo" (12). La afirmación del derecho sagrado e inviolable de la propiedad, junto a la defensa de las cargas fiscales, constituyen parte del programa de la Asociación. Por otra parte la necesidad de una transformación total del país es expresada en todos los tonos y modos: "cambiar el lazo por la coyunda, amansar el ganado, cultivar, cambiar el chiripá por el pantalón y los instintos nómades; comer menos y trabajar más"... "abandonar la vida de pastor por la de agricultor". Se considera que tenemos demasiada población inactiva, que no produce nada, y que queriendo o no queriendo viene a ser lastre para las revoluciones" (13), y que nuestro hombre de campo es indolente, apegado a la tradición, incapaz de un esfuerzo sostenido, gustador del juego y del derroche. Su preocupación constante es hacer habitable la campaña, creando hábitos de trabajo, fomentando y ayudando a las familias "decentes". Será preciso enseñar lo "sagrado de la propiedad. lo "blasfemo" del robo, la inconveniencia del ocio, "madre de todos los vicios" (14).

Esta ideología que favorecía tanto el cambio económico, que alentaba con tanta visión las transformaciones de las estructuras rurales, que impulsaba con semejante esfuerzo la introducción de las mejoras técnicas, era una ideología que frenaba la movilidad vertical ascendente. Nace de un grupo que trata de consolidar el poder económico (15). El resultado de esa consolidación es una masa de población económicamente desplazada a la que será "preciso crear hábitos de trabajo, orientar hacia la práctica de la agricultura, y a la que inmediatamente se la persigue como vagos, se enrola en el ejército; surge el famoso "conchabo" obligatorio.

Es que dentro de esta óptica, trabajar "es pro-

ducir, crear valores para el cambio; quien no trabaja es un mal ciudadano y con su ejemplo mina la base de la sociedad permanente. Era lógico además que otra pieza fundamental para la integración política, social y económica: la educación, se viera como resorte fundamental. Naturalmente, educación para facilitar la inserción en un ordenamiento ya producido, que en parte había resistido, y que permitiría comunicar los nuevos valores.

Nos queda una última etapa para analizar. Pero entiéndase que si bien las etapas suponen cierta cronología, no debemos pensarlas ni verlas como ciclos que se clausuran para pasar al siguiente. Las etapas suponen simplificación y esquematización conceptual; hay supervivencias, simultaneidad o acentos diversos. En cada etapa tomamos los rasgos más salientes. Tampoco queremos significar que el proceso ha tenido un desarrollo lineal. Siempre el factor externo ha estado presente e incidido con intensidades diversas en la "matriz interna", acentuando unas veces —como dijimos al principio— las notas de alienidad; otras, las variables internas consiguen primar temporal o parcialmente, y predominan las de "nacionalidad". En este marco de oscilaciones, acciones y reacciones, se desarrolla el proceso de conformación de nuestras estructuras.

El crecimiento migratorio y urbano no ha sido considerado hasta ahora. Este último desde los orígenes tuvo especial preponderancia; fue y siguió siendo centro de actividades terciarias, concentró el mayor volumen migratorio. Desempeñó por este doble motivo un papel preponderante en el mantenimiento y consolidación del mito.

Producida la pacificación del país, los canales de los partidos políticos encauzan en un sistema de pacífica convivencia el torrente de las masas populares. Los grupos de inmigrantes encuentran en verdad un clima desconocido, casi insólito. Clima que tiene sus virtudes propias, pero que se ven acrecidas además, por el cotejo con el lugar de origen. La igualdad y libertad, las posibilidades de expresar e incidir libremente en la vida política del país; de valer y ser considerado como ciudadano igual que otro, por el solo hecho de serlo, independientemente de origen o actividad; de ascender en la escala social, no tienen parangón con las que existían en sus respectivos países. Es que el crecimiento del sector servicios, fundamentalmente

impulsado por la actividad estatal, aumentan las posibilidades de movilidad vertical. Se concreta un franco y decidido ascenso para ciertos grupos populares. Este período representa un intento de enfrentamiento a la concepción de democracia formal. El liberalismo en el orden económico es puesto en tela de juicio y se realizan intentos de dar "contenido" social; la legislación social que en cierto modo se anticipa a algunos conflictos y tensiones urbanas tiene el carácter de dar seguridad a los grupos populares y de proyectar o desarrollar los principios y valores potenciales de igualdad democrática. El sentido de progreso material, cultural, social, el optimismo del progreso y la confianza en las posibilidades del país y en los valores de la ciudadanía tienen muy especialmente la acción y filosofías del período. Sin embargo, el proceso se detiene, fundamentalmente porque las medidas que provocaron el cambio y la consiguiente euforia, no afectaron el meollo de nuestros problemas. Las variables estructurales han permanecido intactas, provocando la agudización de la situación, sólo que esta percepción se produce tardíamente. Los cambios producidos y la confianza que alientan, focalizan la atención en los nuevos valores. El mito nunca estuvo más cerca de ser real.

Ultimamente hemos asistido a un resurgimiento de las confusiones e ilusiones. Como dijimos al comienzo, el afloramiento de los problemas reales pone de manifiesto con particular intensidad la confusión de problemas políticos con jurídicos e institucionales; las soluciones políticas adquieren particular relevancia, la conformidad de la comparación y la sobrevaloración de lo que "nos queda" mantienen subyacente los elementos capaces de canalizarse hacia ideologías de cambio.

Si de lo que antecede el lector concluye que ponemos en tela de juicio la democracia como forma de organización política, o ha entendido mal, o nos hemos expresado peor aún.

A vía de conclusión queremos recalcar que tanto en el orden político, como en lo social o económico no existen metas fijas, ni conquistas definitivas. La realidad social es cambiante y exige un "hacer" constante. Por otra parte, debemos tener especial cuidado de no apegarnos a formas y hacer de la democracia algo vacío de contenido, o con

contenidos sociales que suponen o encierran una fuente de contradicción y de conflictos del propio sistema de organización política. La coherencia de los principios debe ser buscada y mantenida. Li-

bertad e igualdad, deben funcionar plenamente en todos los órdenes y suponen un contexto social sin presiones que graviten sobre las actitudes y capacidad de decisión del ciudadano.

- (1) José Luis Romero. Latinoamérica, situaciones e ideologías. Ediciones del candil, pág. 80.
- (2) Julio Barreiro. Ideologías y cambios sociales. Ed. Alfa.
- (3) Idem anterior.
- (4) José Claudio Williman. Los patricios. Enciclopedia uruguaya, Nº 14.
- (5) Alba Mariani. Principistas y doctores. Enciclopedia Uruguaya, Nº 21.
- (6) Williman, op. cit.
- (7) Romero. op. cit., pág. 47.
- (8) J. P. Barrán y B. Nahum. Historia rural del Uruguay moderno. Ed. Banda Oriental.
- (9) Idem anterior.
- (10) Conceptos de ideología extraídos del libro de Barreiro ya citado.
- (11) Idem anterior, pág. 72.
- (12) Idem., pág. 336.
- (13) Idem, págs. 465 y 55.
- (14) Idem, pág. 382.
- (15) Idem. págs. 382 y 55

CRISIS ESTRUCTURAL: LA FALSA CONCIENCIA

Darío Ubilla

Pocas cosas habían calado tan hondo en la sociedad de nuestro tiempo, como el apremio por justificar la acción con una conciencia justa, luminosa y hasta meritoria. De ahí que fuera habitual oír frases como éstas: “puede ser que se equivoque (alguien), pero tiene buena voluntad...”, “él cree hacer bien así; hay que respetarlo...”, “al fin, ellos tienen su punto de vista y nosotros el nuestro; no les podemos recriminar nada: todos tenemos motivos y vaya a saber quiénes aciertan...” Sería larga la retahíla y engorroso el consignarla. Permítase sólo un enunciado de expresiones y una reflexión sobre ellas.

Por otra parte, al que intenta enjuiciar esta o aquella actitud que fundamentan prácticas retardatarias y negativas para la comunidad, se le califica de exagerado, unilateral y, en política, intolerante o “embrión” de totalitario. Se lo juzga precisamente con un criterio individualista, como si él condenara intenciones privadas en un reducto de anécdotas; y no es así. Se trata de ver lo oculto bajo los designios individuales, sopesar la confusa red de proyectos que cada uno —sin advertirlo o advirtiéndolo a medias— recibe de la sociedad o de la clase donde está comprometido. En ese contexto de miras prestadas, de métodos y medios lan-

zados ya hacia el fin sin pedir permiso a las conciencias individuales, sin tenerlas en cuenta, se debaten las intenciones y no es raro que éstas yerren sobre lo que buscan —cuando en realidad buscan algo— o truequen la relativa claridad de los primeros propósitos por la penumbra adormilante de las opciones de secta. Para el caso, en la gama amplia de esos determinismos automáticos de grupo, será preciso escoger. No cualquiera, sino aquellos que manifiestan la ideología paralizante de la conciencia en cuanto aparecen como garantía de seguridad, de rectitud de vida, de honestidad social. Mucho más si funcionan en una estructura férrea condicionada por la eficacia de la ideología que el grupo dice ligada a la necesaria función que cumple. Así, y para iluminar lo dicho, ciertas corrientes del mundo capitalista parecen llenar esas exigencias. ¿Hay algo más indispensable que una “economía productiva” para arrancar del estancamiento a los grupos marginados? ¿Se encuentra, fuera de una técnica de automatización, camino más breve para liberar al hombre de su servidumbre a la naturaleza, ¿Puede hallarse método más sensato que el de la gestión privada de los grandes medios con su coeficiente de competencia individual, para el desarrollo de “los que quieren progresar”? Por lo menos esto último se viene ha-

ciendo "proverbio" en la "gran prensa" según pareceres de escritores-estancieros y escritores-obispos (1).

Estos son los postulados que habría que discutir al verificar cómo en una sociedad de competencia y lucro el bienestar de unos es la esclavitud de otros —a pesar de las "buenas intenciones"... cuando se dan— y cómo la cuña de los grandes medios económicos detentados arbitrariamente, obra de mediación en las relaciones humanas, las corrompe con su egoísmo y se constituye por último en fin total hasta anular toda posibilidad de conciencia auténtica.

Todavía —para facilitar estas reflexiones— será oportuno analizar esa mediación ambigua a través de la expresión literaria cuya característica es tipificar, crear una imagen, "sacralizar" el contenido que expresa. Por último, la denuncia del equívoco aportada por la crisis actual que no permite ya engañarse con mediaciones fingidas, alcanzará una imagen en la literatura de hoy.

I

Con frecuencia el bienestar de unos es la desdicha de otros. Esto a pesar de las buenas intenciones. Mucho más cuando se introduce en las relaciones entre hombre y hombre, estructuras ajenas y aun contrarias o falsificadoras. Siempre hay interés por decirse —y creerse— parte viva del todo social, un aspecto más de la conciencia colectiva real. Pero esto no ocurre por dictado. La homogeneidad de la sociedad nace de intereses comunes, de esfuerzos unificados nacidos de ideales comunes. Si éstos no existen en su aspecto estructural —el individual siempre será de difícil medida y poco útil para el caso— esa presunta armonía resulta una farsa evidente. Factor determinante de tal engaño es en nuestro medio capitalista, la agobiadora mediación que ejercen las relaciones económicas, los intereses de mercado, la carrera desenfrenada de un individualismo emulador. Lo que se proclama conciencia social colectiva de patria o pueblo, no es sino un mosaico de intereses contradictorios donde un grupo dibuja la imagen del poseedor, otro el del oprimido que se resigna, otro el del rebelde en amargura y otro —tal vez muy reducido— el del luchador en búsqueda de una sociedad nueva y más justa. Exceptuado el caso del paternalismo que finge una situación de con-

cordia, todos los demás expresan perfectamente el desmembramiento efectivo de la sociedad. ¿Dónde radica el principio disolutorio?

Cuando el valor de intercambio —objeto para ser vendido, comprado, negociado—, monetiza al hombre, éste deja de ser sujeto de referencias personales. Es un objeto más de cálculo y especulación. Esto no sería nada nuevo, —ya que en todo egoísmo se juega esa misma imagen del hombre objetivado— si se situara también a nivel de las solas pequeñeces individuales: posesión erótica irresponsable, engaño interesado, ambición apropiadora. Todo eso que en un lenguaje tradicional se llamó "pecados personales". Pero no se trata aquí de reducirse a estos límites. Es cuestión de un egoísmo de mayor alcance porque compone una estructura y a ella se liga en inconsciente sometimiento. Tanto que no se trata siempre de culpas individuales y tampoco significa una esclavitud tal que no permita una progresiva y a veces sorprendente liberación en personas feudatarias, hasta ese momento, de su clase y de su ambiente. Huelgan ejemplos: no hay que olvidar la frecuencia relativa con que hombres y mujeres de alta burguesía comienzan a actuar por sus pueblos con una convicción evolutiva y aun revolucionaria, tímida al principio y radical después. Hay alentadores testimonios de tales procesos. Con todo, no es éste el lugar ni el momento de casos y anécdotas. Importa escrutar el subconciencia social.

Se decía que el valor de intercambio —de cosa para el mercado— cosifica al hombre. Pero es indispensable confesar también que un sistema orgánico para cubrir las necesidades inmediatas y repartir los bienes producidos, exige un mecanismo complejo no reductible a posiciones sentimentales. Es decir, resulta necesaria la mediación económica. Lo grave es cuando esa mediación mercantilizada se trueca en fin primero y, consiguientemente, en cristal a cuyo través se mira a los restantes problemas humanos. De esta manera se llega a considerar al hombre una mercancía. Ya para ser usado en la factura de nuevos objetos para el mercado, ya para consumirlos. Hombre máquina y hombre consumidor. En ambos casos objeto mercantil. Así y poco a poco, se comienza a pensar de acuerdo a lo que se produce y de acuerdo a lo que se consume. La sociedad se aliena en sus propios productos y se establece un fetichismo, diverso

en sus manifestaciones del salvaje, pero no menos deshumanizante. Todo el grupo humano se mediatiza y, sin advertirlo, se finaliza en éste. La conciencia colectiva cede, para reducirse a un reflejo de los intereses en juego, de las competencias desencadenadas y de las emulaciones que se auto-definen enaltecedoras (?). En la superficie hasta puede darse una apariencia de nobleza: se saca a relucir las viejas armas de las virtualidades ocultas, de la inteligencia, de la voluntad. Los poderosos hacen funcionar sus mecanismos de relaciones familiares y amistosas, el brillo de la sociabilidad, la erudición amena, la bien templada cuerda de las intimidades sobre un fondo de tapices zafiro... Como un eco de esto, los grupos menos privilegiados se preparan a la lucha por la presa mediante la astucia, la formación de clientelas comerciales o políticas, la desconsiderada carga, caiga quien caiga. Los menos dotados adulan, los más fuertes arrancan. En cualquier caso, las relaciones verdaderas empalidecen y se esfuman poco a poco. En unos priva el temor de perder una seguridad de cosas, en otros el ansia de alcanzarla, ya que experimentan la vecindad de una vasta soledad futura yuxtapuesta. ¿Será esto lo que algunos llaman "sacrificio", "emulación de cualidades"? (3). Cuesta aceptarlo.

Si se llega a esos extremos —cosa no extraña cuando se ve a familias desgarradas por cuadras más cuadras menos de herencia, amistades en crisis por concurrencia simultánea en compraventas y comisiones de negocios jugosos— si se pisa la raya de esa inhumanidad experimentada, se busca entonces con desazón un refugio para una limpidez y una inocencia que no se ha podido resignar del todo. Así se establece un curioso dualismo: el de cierta conciencia social vivida y a la que poco a poco se va identificando la existencia y el de una conciencia individual agudizada —no importa sobre que tópicos— y alucinada, como defensa contra una insensibilidad que se presiente. De ahí brotan las frases transcritas más arriba, al principio de estas reflexiones: "él lo piensa así", "cada uno lo ve distinto". No se advierte que no, que todos ven lo mismo cuando obran como clan, que todos se han sumergido en las fáciles simplificaciones de la masa, en sus comodidades y automatismos. Estos, en el caso que nos ocupa, conforman la "falsa conciencia". Falsa por partida doble: debido a la ab-

solutización del criterio económico mercantilista y al disfraz que éste mismo ha revestido de una conciencia individual abroquelada en detalles moralizantes de honestidad, decencia, pureza, legalidad.

Basta por el momento esta descripción somera. Resta ver, conforme al método impuesto a estas reflexiones que buscan expresar más que juzgar, cómo esa mediación se tipifica, se "sacraliza" en cierta manera. Para ello es preciso una incursión en el campo de la literatura —de nuestra literatura uruguaya— donde ciertas figuras de la "falsa conciencia" han hallado una expresión cabal.

II

Quizá sea en la literatura donde aparece con mayor claridad los rasgos del equivoco de la "falsa conciencia". Si ésta se revela al creerse auténtica sólo porque se siente mayoritaria, sin advertir que esa mayoría es un fenómeno aparente del sentir social cuando éste en realidad está mediatizado por fuerzas destructoras del querer profundo de los hombres, es normal que la expresión literaria, como estructura típica, sea la que mejor manifieste esa anfibia y los ocultos recovecos que la constituyen. Aquí el arte —y nótese que se echa mano de obras significativas de una época y de una sociedad— subraya tal conciencia y la hace más visible. En el espejo de personajes, acción y aun estilística, los detalles destacarán mejor, las consecuencias aparecerán más precisas al no estar comprometidas con el anecdótico interesado en la vida cotidiana sino presentes en la simbología del mito literario.

Posee además la literatura la calidad de dar patente a lo que el sentir del autor y su mundo acuerdan denominar humano. Carga así de valor subjetivo a lo que el ambiente ha sancionado ya y tiene la extraordinaria magia de asegurar una imagen de perfección a lo que toca, cuando al hacerlo la valoración del escritor justifica el desarrollo de su obra. Por lo menos —aunque sea una concepción errónea del quehacer literario— así repercute sociológicamente al nivel de la masa de lectores no enteramente crítica, preferentemente consumidora. De esta manera se han creado grandes mitos que suponen, desde luego, calidades poéticas en el escritor, fuerza sugestiva y compenetración con el medio. Si esto es así, las obras literarias de una época no sólo son expresión de un tiempo sino causa o condicionante del desarrollo de ese

mismo tiempo. Principio de interacción entre el sentir común y su resonador literario; entre la subjetividad del poeta que acopia vida informándola a su vez y el mundo circundante que presta su densidad humana conformándose a los esquemas literarios que posibilitó.

¿Por qué estas introducciones? Precisamente debido a los escritores que han de seleccionarse para un análisis de este género. En ellos se habrá de dar una capacidad de hacer cultura lo que antes fue vida sin más. Realidad reflejada de un dinamismo espontáneo. Pero además, cualidad para gestar estructuras originales que se vuelvan valores para quienes, leyendo, se las incorporen. Por consiguiente serán personalidades significativas, conflictuales y no estéticos cazadores de belleza y conclusiones felices (4).

Carlos Reyles es un exponente de una línea literaria que fue en su hora, expresión de ciertos ideales muy claros. A los que, por su parte, contribuyó a estabilizar en nuestro medio. En estos días se conmemora el centenario de su nacimiento y una ola de homenajes, panegíricos y exposiciones amenazan ocultar al hombre y a su vertiente cultural, como ocurre con todas las canonizaciones. Dejando de lado el personaje cimarrón de su *Gaucha Florido* y el españolismo de la Sevilla embrujada, su "Raza de Caín" puede aportar una muy valiosa tipología. Desde el retrato casi inicial de un personaje que sin ser el protagonista permanece como genio animador de los otros mínimos ejemplares humanos, Reyles nos habitúa al moralismo de la fuerza, a la superioridad del carácter, a la preeminencia de una naturaleza individualista sobre los tanteos del montón. Si se ha elegido esta novela como expresión de la "falsa conciencia" —sin recurrir a otras obras, del nativismo ingenuo por ejemplo— se debe a que en ella, una falaz preocupación de eficacia progresista, oculta una profunda raíz de engaños nacionales.

Véase la presentación del gran estanciero y jefe del clan familiar. Es el anglosajón acriollado quien habla: "No importa che; así te vas acostumbrando —respondía Crooker amablemente pero con firmeza, y no había más remedio que oírle" (5). Paternalista amable que se digna hablar a los suyos con esa superioridad que le viene de su carácter y hasta de su biología. Este noble ejemplar patriarcal —que hasta los botones se cose para no molestar a las

criadas —y esto sin degradarse— aspira —él, un "carácter"— a lograr para sus hijos una continuidad de clan, una seguridad de latifundio, más que calidades para optar: "Habiendo entregado la parte que les correspondía en la herencia materna trabajaba en sociedad con ellos y, naturalmente como más experimentado, cargaba con el peso de los negocios" (6). Con estas calidades deslumbra a los tímidos pseudointelectuales enfermizos que le rodean: "Qué extraña concepción de la vida debe tener ese hombre!, se dijo Julio contemplando la sombra china que el cuerpo de Crooker proyectaba sobre los cristales, para trabajar sin descanso y sin que lo mueva a ello ni la avaricia, ni la vanidad, ni ninguna ambición fuera de la simplísima de dejarles a sus hijos grandes riquezas" (7). Sin duda, "simplísima", porque aquí toda complejidad está ausente, todo problematismo humano borrado, al contemplarse la realidad desde esa altura despojada de otras imágenes que no sean las de intereses propios y de "los suyos", característica de Crooker. Lo que se obtiene —la grandeza y el dinero— se lo debe al carácter de luchador solitario, pero lo que se transmite al círculo inmediato constituido por "los suyos" deberá estar asegurado en leyes protectoras de una continuidad impersonal y excluyente. "Los suyos" en la novela, son personalidades estériles. La hija una antipática y fría mujer desamorada; el hijo, un pedante señorito galanteador. A ellos pasará la herencia a la que se añadirá otra cuantiosa de la niña —cándida y frívola novia del joven Arturo—. A los demás les alcanzará alguna limosna a modo de vergonzosas migajas que el "gran señor" abandona a su clientela fiel. Nada de esto obsta a que sea uno de tales intelectuales quien teja su elogio: "Gran carácter el de este hombre: si yo tuviera un poco de lo que a él le sobra... Tiene pocas ideas, pero muy prácticas y bien definidas, músculos que piden trabajo, conciencia puritana del deber: la amalgama de tales elementos constituye el bronce de su carácter, en el que se estrellan los disgustos y las penas como en el duro peñón las olas del mar" (8). Otra clave que es un refugio: "la conciencia puritana del deber". Este hombre silencioso y sereno que inspira fuerza, es una conciencia replegada, distante y ajena a los demás. Ejemplares que se ven en nuestra sociedad actual, cuyos ideales paternos resultan análogos, como el de legar a cada

hijo tantas hectáreas cuantas ellos recibieron. Bien a menudo a similares descendientes frívolos e incapaces.

En este libro de Reyles se rechaza todo proceso hecho a las seguridades de un clan —“raza de Abel”, se supone— desde el sector enfermizo y artificial como está descrita la “raza de Caín”. Esta llega hasta el asesinato y a las fronteras del suicidio y se salva sólo por la penitencia vivida en las cárceles que una sociedad ordenada impone a los destructores de sus esquemas. Es un intelectual frustrado —Guzmán— quien, mientras reconoce la “superioridad” de Crooker y lamenta no poder “juzgar con bondad, sin la avidez del crítico, que buscando siempre el defecto de las cosas, todo lo enturbia y estropea...”, confiesa su desconfianza por toda preocupación del pensamiento: “hace tiempo que sospecho que lo intelectual es estéril, y que lo que hemos dado en llamar *intelectuales* son gente que valen bien poco... individuos de mezquina condición, egoístas feroces, perversos, femeninos, seres de pura vanidad y criaturas incapaces de ningún esfuerzo generoso o viril... Lo que importa es el carácter” (9). Se puede estar de acuerdo con él, en la medida de la crítica hecha a esos seres concretos, caricaturesca imagen del hombre de pensamiento, pero no en cuanto se tipifica a éste así, sin más porque no está libre de “las dudas” como otros.

Después de estos pareceres, los demás aspectos se desprenden solos: la desconfianza por “lo que el hombre fabrica, para confiar sólo en lo que es “naturalmente”; la extraña benevolencia con que se juzga la crueldad de Arturo (lo hace su misma víctima) quien “para satisfacer las necesidades de su egoísmo, despojaría al mundo entero, y esto, naturalmente, sin pizca de maldad, porque en su pecho anidan los sentimientos más generosos...” (10). Formas de sancionar primero, el status natural del hombre que aquí es la sociedad ideal de Reyles y, segundo, la inconciencia con que se inscribe un egoísmo refinado (el de Arturo) en la generosa inocencia “santificadora” de una clase superior. Es el mismo mundo de entereza preestablecida que permite juicios sobre la mujer como el del superviril Crooker: “en el fondo las tenía por niñas grandes, incapaces de ninguna tarea seria y útiles tan sólo para tener hijos y gastar dinero”. Advuértase cómo afloran las dos manifestaciones clá-

sicas de la mentalidad indicada: prosecución de la estirpe en clan cerrado como aspecto positivo y riesgo económico, motivo de inquietud.

Dinero, prestigio social, clan, son las mediaciones características que se vuelven, de hecho, fin absoluto para esta mentalidad. Falsa conciencia, porque socava las relaciones entre los hombres y las vuelve puro juego de intereses cosificados. Falsa, además, porque se intenta justificarla con una honestidad individualista, del carácter fuerte, de la paternidad herencial, de la benevolencia protectora. Sin mayor esfuerzo, en el Uruguay de estos últimos años uno encontraría epígonos políticos en movimientos partidarios que han hecho un culto de personalidades “honestísimas, laboriosas y católicas” en las que concurren junto a las enormes propiedades rurales eficazmente organizadas en clanes familiares, una preocupación asistencial de tipo benéfico (11).

Al llegar aquí, importa menos considerar otros aspectos del nativismo literario, donde la imagen romántica de todos los “gauchos floridos” no logra justificar la irrealidad de ese paisano limitado por el aislamiento y el caudillismo al que mantuvo el sector que domina la tierra, la política y las finanzas ciudadanas. Los cerriles gauchos de Acevedo Díaz están más cerca de una sinceridad primitiva, pero los personajes apenas conflictuales de Viana, no alcanzan a desprenderse de un psicologismo bárbaro en el Casiano y su contrafigura Marín de “En Familia” y del enfermizo y supersticioso —aunque literariamente logrado— de “Guri”. Poco hay que se refiera a la situación en un contexto social profundo. Las causales permanecen aisladas como los personajes de suerte que el trasfondo humano es más bien ingenuo a pesar del acierto descriptivo costumbrista. Lo pintoresco desvirtúa la situación en la que el gaucho es un personaje mítico, noble o rudo, pero nunca el sujeto de un mundo que prefirió cantarle como descargo de una fatalidad que embretó el destino de la campaña. Algo similar ocurre con un cuentista desaparecido hace poco —hombre de frontera— que redujo aun más la óptica de su hombre de campo. José Monegal describe con originalidad el paisaje de la campaña al norte, pero en las páginas llenas de humor de sus “Nuevos Cuentos”, es demasiado mezclado el mundo cultural que nos presenta, tan sabroso y carente de profundidad.

como la "mistura" idiomática de sus personajes fronterizos. ⁽¹²⁾.

Falta en ese sector de la literatura una dimensión humana, que no por ser omisión deja de revelar el equivoco que estas reflexiones señalan: disfrazar de grandeza lo que a menudo es sólo miseria y abrir un crédito de buena conciencia al tráfico de injusticia y explotación sobre las masas ⁽¹³⁾.

III

Había que esperar la presencia de la crisis para descubrir los vericuetos de la "falsa conciencia". No es cosa de hoy: se venía gestando desde lejos, a medida que el implacable deterioro nacional, cada vez más presionado por el imperialismo y ya sin las reservas circunstanciales de las guerras para emparchar su economía, dejaba sin apoyo las declamaciones sobre un Uruguay feliz. Democracia y libertad verbalizadas convencían cada vez menos, aun a los que tenían los ojos cerrados o preferían voluntariamente no ver. La promesa de una igualdad para todos los ciudadanos era cada vez más lejana. Por otro lado se volvía insoportable —debido a la conciencia más aguda de la injusticia— la continuidad de las situaciones de privilegio y el retroceso franco de los estancados. Ya no había lugar para cubrir el equivoco. Esto, entre otras, por dos razones principales: la manifestación de las verdaderas características de la mediación socioeconómica y la denuncia de la tranquilidad sin fundamento de la "honesta conciencia" individual. Esos pueden ser, en resumen, los efectos de la crisis sobre el tema tratado aquí.

El empobrecimiento a ojos vistas —lo que había "detrás de la ciudad" revelado ya por los años cuarenta, los rancheríos como tema de misiones socioculturales y hasta (en menor grado) de misiones católicas, los vastos movimientos de parias rurales por las calles deshechas de una ciudad entristecida— fue mostrando la notable barrera levantada entre clase y clase ⁽¹⁴⁾. Era muy relativa la conciencia social real de pueblo unido: la frontera no pasaba tanto por las sierras del contrabando al norte, sino por el interior de la sociedad dividida. No bastaba decir "libertad!" para que ésta se diera, cuando los medios reales de lograrla estaban en un solo sector y era engañoso decir "democracia!" si la igualdad ante la ley dependía

de la situación social ocupada. Un preso "mano de obra" podía enterrarse en su celda de cárcel o jefatura, mientras un estafador complicado comía de restaurante u obtenía libertad. A no ser que (últimamente) algunos pobres logren salarios de colaboración "investigadora" o represión sádica en ciertas "fuerzas del orden".

Esta realidad se ha ido esclareciendo hasta volverse nítida. Los instrumentos productivos, comerciales y técnicos necesarios, al exclusivizarse —como posesión, en pocas manos; como ambición de consumidores, en una mayoría de conciencias populares— han relajado las relaciones humanas y sus resultados son patentes. Ahora es posible ver que se han vuelto fines. Las cualidades del individuo, indispensables para todo progreso cuando se insertan en los planes comunitarios o colectivos, al volverse absolutas y convertirse en individualismo, expresan la ley de la selva en involución aun desde el clan y la tribu. Sólo tímidas y, en parte, falseadas manifestaciones colectivas en un deporte captado por el mercantilismo y la artimaña política, intenta subsistir la ausencia de solidaridad; como los medios de comunicación de masa, cuando uniforman con su tejido de imágenes una población crepuscular atada a sus televisores propagandeados. No se intenta presentar sólo un panorama negativo, pero sí mostrar la línea de enajenación que la crisis ha puesto al descubierto. Precisamente al golpear con su figura descarnada el contraluz de una concordia que no existe.

Por otro lado se denuncia también el refugio inventado para disimular la responsabilidad de sentirse culpable. Abierto el conflicto social por la presión de las masas sobre las estructuras privilegiadas, no queda lugar para la buena conciencia. Ya no puede ser ésta el comodín para disimular el esquivar hecho a los compromisos no cumplidos en el campo de la vida pública. A tal punto se los disocia, que resultan irreconciliables. Hoy es impensable la imagen de un señor con misal reverenciado por sus obreros mal pagados o perseguidos, o una señora de rosario intentando justificarse en el "cantegril" donde se hacían los desplazados de zonas rurales limítrofes a sus posesiones. Por lo menos no puede darse como representación característica, aun cuando subsistan todavía islotes de pintoresca beneficencia mundana.

La extensión de estas páginas redactadas sobre

todo para describir la "falsa conciencia" y la expresión que halló en nuestro medio, impiden extenderse en lo que se llamaría su desenmascaramiento literario. Conviene, con todo esbozarlo, dejando para otra ocasión un desarrollo de sociología literaria más completo.

Un escritor a quien por su temática se estaría tentado de situarlo entre los "nativistas" embriagados en la romántica nostalgia de los campos, cuestiona esa síntesis demasiado fácil, la lleva al tribunal de una verdad más honda sin sacarla del escenario de las cuchillas. Dos pasajes de distintos libros de Enrique Amorim vienen a esclarecer ese pasaje de lo inmóvil mantenido como valor preponderante a lo móvil presentido ya por el escritor salteño en años anteriores a la crisis. En "El paisano Aguilar", uno de los personajes describe el curioso contradictorio cuadro de valores. Es un artesano con inquietudes de fabricante en un pueblo de campaña: "El ideal de toda su vida fue ser *hacendado*. Pero no pudo multiplicar el número de pares de botas de su pequeña fábrica, para constituirse en estanciero. Desde su condición de tal, el paisano Aguilar parecía dominarle. ¡Viejo e inveterado orden jerárquico del comercio! Un productor de suelas, un transformador de la materia prima que Aguilar apenas si cultivaba, se sentía inferior, sí, inferior ante el hacendado de "El Palenque". Absurdo concepto del casi feudalismo americano. Aquel hombre joven había sentido desde la infancia la superioridad tácita de su condición social, por el mero hecho de ser hijo de terrateniente. Su padre tenía estancia, lo cual era un privilegio y una ventaja. El Sr. López, poseedor de una fábrica donde el cuero era utilizado para el uso de los hombres, a todas vistas apabullado ante el trabajador del campo: ser sumergido en la negra y vaga soledad de la campaña. Y, siguiendo la jerarquía ridícula, este Señor López, saludando apenas, al pasar, al dueño de la tipografía vecina, cuya inteligencia aplicada en un sentido noble y artístico, era de orden inferior al fabricante de botines!" (15) Exceptuada la exageración sobre la negatividad de la campaña y el escamoteo de las pequeñeces de miras ocultas en cierta burguesía híbrida ni campesina del todo ni culta del todo, queda la evidencia de cómo la posesión de tierras primero y luego el prestigio debido al dominio de objetos, trastruca las rela-

ciones de estos personajes de novela. Los media-tiza finalizándolos luego en la sucesión física de las hectáreas y en la aritmética de los pares de botas. El artesano es un ser "inferior" porque no posee campos y a la vez "superior" al letrado que organiza el diálogo. Nótese que no se habla del valor de uno u otro trabajo —en lo cual no habría diferencia— sino de la "cosa" que lo expresa externamente y, al hacerlo, lo encierra. Quizá por eso el protagonista —el paisano Aguilar— sueña marcharse con los contrabandistas que han de crearlo todo para vivir, incluidas sus relaciones de hombres bravíos. Porque él se siente "erguido fantasma, entre el Sur que avanza con sus hipotecas y el Norte, huyendo hacia la aventura" (16). Su intuición le lleva hacia lo informe, donde todavía el hombre no fue inmovilizado por el interés.

Otro de los símbolos de Amorim es el de la carreta en la novela homónima, elemento móvil como sus viajeros sobre un campo arraigado a las cosas: "Desde la carreta se veía la estancia como se ven las laderas de las sierras como se ven los árboles al borde del camino. Como cosa de Dios, del destino, de la fatalidad. Estancias arboladas, casas firmes, algún pequeño torreón. ¿Por qué estaban ellas enclavadas en los cerros y tenían que rodar la carreta, como rancho con ruedas, siempre por el camino, sin hallar un pedazo de tierra que no fuese de nadie?"... Líneas más adelante añade: "Porque una carreta que pasa da siempre la impresión de que lleva rumbo, que va segura hacia algún lado. ¿Para qué moverse en el campo sino para conquistar algo? Nadie dio jamás un paso, nadie anduvo una legua sin conquistar un palmo de tierra. Sin embargo aquella carreta, únicamente tenía rumbo cuando se detenía en la noche" (17).

Esta perspectiva puede parecer extremada. Conviene recordar no obstante, que la literatura tipifica y por ello importa quedarse con el símbolo dejado aquí, de un mundo donde se ha malogrado inclusive la frescura de la naturaleza de tal modo que hay todo un marco de incompreensión tanto en el extremo que retrata un pedazo de tierra para los sin tierra, como en el que marcha enajenado en la miseria y el resentimiento. ¿Dónde está la causa? ¿En este o aquel individuo? ¿O en la totalidad de un régimen que permite ese paralelismo incommunicado? Desde luego que la responsabilidad descansa en las conciencias de quienes advierten

dolo y en uso de los medios, se contentan con reflejarlo solamente.

Quedaría por señalar ciertos aspectos de la literatura ciudadana. En ésta la denuncia puede adquirir diversas modalidades. Desde las profundas y eruditas de la ensayística, hasta la narrativa sobre el arrabal. De uno de esos intrascendentes pasajes se obtiene un análisis significativo. En su cuento "Puntero Izquierdo" Mario Benedetti muestra la enajenación en el deporte popular de las canchas de barriada. Argumento muy simple: jugador comprado para que juegue contra su propio cuadro. El salario será el pase a un cuadro de división superior y sobre todo, el "acomodo" en cierto Ente Autónomo regentado por un político interesado en el deporte como escalón electoral. Véase el texto de la oferta: "Que yo era un puntero izquierdo de condiciones, que era una lástima que ganara tan poco, y que cuando perdiéramos la final él me iba a conseguir un pase para el Everton. Ahora vos calculá lo que representa un pase para el Everton, donde además de don Amílcar (.....) está nada menos que el doctor Urrutia, que ese sí es Director de Ente Autónomo y ya colocó en Talleres al entreala de ellos". Enseguida se da el motivo: "Especialmente por la vieja, sabés, otra seguridad, porque en la fábrica ya estoy viendo que en la próxima huelga me dejan con dos manos atrás y una adelante" (18). Como se ve un doble juego de intereses; más explicable el del muchacho cercado en su vida de obrero por la inseguridad. Uno piensa qué sería después del COPRIN... El desarrollo ulterior es un acre humor lunfardo: se entusiasma el muchacho y contra lo pactado da el triunfo a su propio cuadro. Resultado: un castigo ejemplar por parte de sus "compradores", que le lleva al hospital donde precisamente está haciendo el relato a un amigo. Desde allí, fracasado y sin trabajo piensa que deberá humillarse ante quien lo humilló: "...a ver si me da el puesto en Talleres como me había prometido" (19).

El deterioro de las relaciones humanas al-

alcanza a las manifestaciones populares con la misma fuerza que a las graves relaciones del trabajo. Poco puede quedar de auténtico cuando los intereses de prestigio y dinero han invadido el campo de la conciencia individual hasta malograrla en sus expresiones más simples de entusiasmo deportivo y situarla en el complejo social como una instancia más de la superconciencia del medio. A esto se quería llegar.

No se trata de concluir ahora sobre anécdotas y narraciones de buen humor. Hay otras traducciones más dramáticas — más herméticas también— de la "falsa conciencia", denunciada por escritores jóvenes. Tal vez no esgriman directamente los instrumentos prestigio y dinero, pero a través de esa imposibilidad del amor encastillado en clases —presente en "Forma de Piel" de Somma— de la incomunicación de los personajes de Jorge Musto —sobre todo en "Un Largo Silencio"— de las parejas viajeras de Conteris (20), se percibe la fría resistencia de un mundo embrollado incapaz de hallarse en las relaciones directas y preocupado por guardar sus valores dispersos, con un recurso al subjetivismo cuando ya el mundo de todos no es una garantía de comprensión. Con esas crisis repetidas de sus personajes reproducen la general de las estructuras y ponen de manifiesto la incompatibilidad del hombre vivo con las versiones puramente mercantilistas de sus relaciones.

* * *

Alguien dijo hace muy poco en un programa de Televisión que la estructura que rodea a los uruguayos de hoy es una "telaraña". Desde luego, no sólo a los uruguayos, pero esta referencia interesa ahora al redactor de estas páginas. Esa "telaraña" impide alcanzar la dignificación humana (21). En las mallas tenues de una conciencia que no es real sino falseada por elementos que de medios se han vuelto fines absolutos, se enredan las conciencias individuales como en la más férrea de las redes.

- (1) Estos puntos de vista son "proverbiales" para Mons. Balaguer en "La Mañana" del 17-XI-68 p. 3 y para el Dr. José Pedro Aramendía en el mismo diario del 21-XI-68, p. 3. Juicios ingenuos o quizás no tanto.
- (2) Lucien Goldman lo ha expresado con claridad: "La naissance dans la pensée des membres de la société bourgeoise, à partir du comportement économique et de l'existence de la valeur d'échange, de la catégorie de la médiation comme forme fondamentale et de plus en plus développée de pensée, avec la tendance implicite à remplacer cette pensée par une fausse conscience totale dans laquelle la valeur médiatrice deviendra la valeur absolue et où la valeur médiatisée disparaîtra entièrement; dans un langage plus clair, la tendance à penser l'accès à toutes les valeurs sous l'angle de la médiation avec la propension à faire de l'argent et du prestige social des valeurs absolues et non plus de simples médiations assurant l'accès à d'autres valeurs de caractère qualitatif." *Revue de l'Institut de Sociologie* (Université Libre de Bruxelles - 1968-2) "Introduction aux problèmes d'une sociologie du roman" p. 237. Los estudios del autor y sus cursos han sido tenidos en cuenta para la redacción de estas páginas.
- (3) Aquí también la peregrina concepción del "sacrificio" en lo social que plantea Mons. Balaguer no se sabe por qué motivos. Cfr. "La Mañana" indicada más arriba.
- (4) "Esta problemática (la de una literatura simplista) ha de conducir necesariamente a un embellecimiento, ha de conducir necesariamente a aquello que reprobamos y con razón en la literatura, a aquello que allí llamamos «Happy end»." Así se expresa el filósofo Jorge Lukacs en su trabajo "El problema de la perspectiva". En esa extensa comunicación el iniciador de los métodos de sociología de la literatura, critica estos puntos y discierne los valores significativos de una literatura. *Sociología de la Literatura*. Ediciones "Península". Barcelona 1966. p. 246.
- (5) Carlos Reyles. "La Raza de Caín". Capítulo Oriental. Montevideo, 1968. p. 95.
- (6) Idem p. 95.
- (7) Idem p. 96.
- (8) Idem p. 96.
- (9) Idem p. 99.
- (10) Idem p. 137.
- (11) Examínese el cuadro electoral pasado y la influencia de ciertas personalidades y ciertas consignas.
- (12) José Monegal "Nuevos Cuentos". Libros populares, ALFA, Montevideo 1967. Hay un valor de observación directa y de relevamiento lingüístico.
- (13) En la temática de costumbres del interior, tenemos notables excepciones. En especial Francisco Espínola ya desde *Sombras sobre la tierra* supo, sin perder su ternura, expresar la injusticia que se descargaba sobre sus personajes humillados.
- (14) Hay literatura sobre estos temas: Juan Vicente Chiarino - Miguel Saralegui *Detrás de la Ciudad*, Impresora Uruguay - Montevideo 1944. Como temas de última hora se podrán consultar entre otros, del Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, *Los Rancheríos y su Gente y Paso de las Flores*, Montevideo 1968. Ambos de varios autores que vivieron sobre el terreno. Además del Dr. Felipe Cantera Silvera, *Hacia los Otros*, Montevideo 1968. Como testimonio también reciente, las Marchas Cañeras que lo fueron realmente a pesar del interés de algunos sectores de la "falsa conciencia" que pretendieron desvirtuarlas negándoles realidad o importancia como la huelga de la novela de García Márquez. Para esto último puede leerse entre otras publicaciones, el número 22 de *Perspectivas de Diálogo*. "Significación de un camino", ps. 38 y sgts. por el autor de las presentes reflexiones.
- (15) Enrique Amorim - *El Paisano Aguilar*, Edit. Losada, Buenos Aires 1958, p. 93.
- (16) Idem, p. 163.
- (17) Enrique Amorim - *La Carreta*, Edit. Losada, Buenos Aires 1952, ps. 59-60.
- (18) Mario Benedetti - *Montevideanas*, Capítulo Oriental, Montevideo 1968, ps. 30-1.
- (19) Idem. p. 34.
- (20) La lectura de estos escritores y de otros jóvenes aparentemente preocupados en su narrativa de problemas individuales internos, revelará una profunda inserción en lo social como dimensión trascendente de la persona. A través de la percepción del encierro. A este propósito convendrá leer la revista *Prólogo* aparecida en estos días con un valioso material narrativo y crítico.
- (21) *Cristianos sin Censura*. Emisión del sábado 16 de noviembre. La discusión tuvo matices interesantes. La estructura actual como telaraña que confunde y en-

cierra, fue un valioso signo expresivo. Otro testimonio es el de la mentalidad mercantilista de la "gran prensa". Ante la abusiva clausura del diario *Extra* se

silenció toda protesta en las columnas de los diarios "grandes" que dicen defender la libertad de prensa. ¿Intereses?

SOCIEDAD EN CRISIS

Y NUEVA IMAGEN DE LA IGLESIA

Roberto Viola

El jueves 26 de setiembre se realizó en las calles de Montevideo una manifestación de mujeres protestando por la muerte de tres estudiantes en las refriegas con la policía habidas la semana anterior.

Este fenómeno "insólito" —así lo llamó la prensa, cuando dos días después, habiendo el gobierno retirado su censura previa, pudo publicitarse el suceso— tuvo consecuencias más insólitas y menos conocidas del público. Que nosotros sepamos, ninguna manifestante fue arrestada a excepción de dos religiosas de gran hábito, que, luego de la concentración y volviendo serenamente a sus conventos, fueron obligadas a subir a un jeep de la policía, llevadas a la jefatura, sometidas a interrogatorio y registradas hasta en las suelas de los zapatos (sic). Dos horas más tarde eran puestas en libertad. En el correr del interrogatorio la policía explicó el arresto diciendo haber recibido numerosas llamadas acusando a las religiosas por su participación en la manifestación.

De esta anécdota nos interesa una pregunta: ¿por qué unos pocos hábitos dentro de una numerosa manifestación femenina provocó tanta indignación?

Colectivamente existe una imagen de esa institución llamada Iglesia: de su función en la socie-

dad, de su comportamiento, de sus miembros... Independiente de la Fe religiosa: una imagen de la Iglesia como fenómeno social. Así se le asignan unas tareas, unas intenciones, ciertos recursos... Obviamente, esta imagen en parte está generada por el historial mismo de la institución; pero solamente en parte. Porque en la creación de esa imagen confluyen, también, una serie de mecanismos de la sociedad.

He aquí, que la crisis uruguaya de los últimos meses ha resquebrajado esa imagen tradicional: la Iglesia en los acontecimientos últimos no se ha comportado como habría debido —según dicha imagen. Esos hábitos por la calle Sarandí a las seis de la tarde serían una prueba perentoria.

Periódicos ajenos por tradición a toda "religión" salen a la lid religiosa en pro de la ortodoxia denunciando serias infiltraciones marxistas. ¿Por qué? Una determinada imagen sociológica de la Iglesia se resquebraja. ¿Cuál? ¿En beneficio de qué otra? ¿Cómo? Estos son los interrogantes que rutearán estas rápidas "reflexiones para un tiempo de emergencia".

Conviene, antes de adentrarnos en materia, precisar nuestro terreno para evitar inútiles malentendidos. Nuestra intención —el lector al final juzgará sobre su éxito o fracaso— es dibujar una cro-

nica interpretativa de ciertos acontecimientos vividos en nuestro medio, tomando como ángulo visual el rompimiento de una imagen de la Iglesia y el perfilarse de otra. Este eclipse de imágenes colectivas constituye un aspecto importante de nuestra crisis en su nivel cultural.

También quisiésemos prevenir la exclamación indignada de algún lector: "¡esa interpretación sociológica de la religión es inadmisible!" Es natural que el hombre-de-fe reniegue mucho de los trazos de la imagen colectiva; pero eso no significa que ésta no exista. Cuando al sacerdote con sotana le gritaban: "pollerudo", nos indignábamos; pero no podíamos negar la existencia de esa reacción en ciertos medios.

Por otro lado, muchos de los gestos descritos en la imagen popular, el hombre-de-fe los vive dentro de otro contexto. Por ejemplo lo que se dirá a continuación sobre la Iglesia "maestra en plegarias". El hombre-de-fe, precisamente porque vive en la fe, le confiere otro sentido; pero eso no impide la existencia de la imagen popular.

Y esto aclarado, entremos en materia.

Imagen apolítica de la Iglesia

En el Uruguay ha existido una cierta imagen apolítica de la Iglesia, cuyos rasgos principales podrían ser los siguientes:

1º La Iglesia tiene competencia en la vida del "más allá", maestra en plegarias, rezos, obras de beneficencia, tedeums y responsos... Ir a "encargar misas", recurrir al sacerdote o visitar un convento de religiosas para pedirles que oren y nos "encomienden" al Señor, al mismo tiempo que se deja una limosna. La Iglesia se mueve dentro de lo "puro", de lo incontaminado, de lo religioso. Y por ende, está desvinculada de los quehaceres humanos, todos ellos más o menos ambiguos, sucios, llenos de mundo...

La religiosa, "la hermanita" apartada del bullicio, en un mundo de incienso, ingenua y pura, es una figura clave dentro de esta representación. Junto con el sacerdote ocupa un sitio entre Dios y los hombres: intermediarios a quienes acudimos en los momentos de lamentación para que aplaquen a Dios o lo mantengan benévolo...

Célibes, apartados, no competitivos, casta separada, constituyen la imagen de una Iglesia apartada de lo cotidiano: o sea de la vida.

2º Lo anteriormente dicho tiene íntima conexión con un segundo rasgo de esta misma imagen: la feminización de la religión. Fenómeno muy conocido en nuestro pueblo: "la Iglesia es para los niños y las mujeres", porque el hombre "no tiene tiempo". Tomado por el trabajo, la política, la acción sindical, no tiene tiempo para ir a Misa o escuchar sermones.

3º La Iglesia se reserva para la enfermedad, la vejez y la muerte, cuando el hombre se ve obligado a abandonar la vida pública. La Iglesia llega entonces para ocuparse de los problemas "personales", de las "inquietudes metafísicas" del individuo. Así, tal vez, el lector haya escuchado la siguiente reflexión frente al alarmante número de ex-alumnos de escuelas católicas que no practican: "No hay por qué alarmarse. Cuando lleguen a viejos, cuando la enfermedad se haga presente, entonces se van a acordar del catecismo, de los retiros. Se van a confesar y morir en paz con Dios".

Todo este tipo de reflexión nos interesa por revelar una determinada imagen de Iglesia retirada, en última instancia, del cauce mismo donde corre la historia: una forma sutil de marginación que nos lleva a esta otra característica.

4º A la Iglesia le concierne la vida privada, la zona apolítica del individuo en contraposición a lo público. Esta marginalidad de la Iglesia posee en el Uruguay una expresión muy clara en la separación Iglesia-estado. El Estado, o sea, todo el quehacer público y social por un lado, y la Iglesia por otro. No como competitiva —como un estado dentro de otro estado— sino situándose en otro rubro: precisamente en el rubro de lo privado.

Las zonas conflictuales históricamente fueron dos: la familia y la escuela. La estrofa mil veces repetidas: "A Dios queremos en nuestras leyes, en las escuelas y en el hogar" ejemplifica lo que venimos diciendo. Porque la presencia de Dios en las leyes —dentro de aquel contexto— significaba cosas muy concretas: supresión de las leyes atentatorias "a la santidad de la familia" (el divorcio), o a una libertad real de enseñanza (es decir económica).

Dentro de este cuadro, se concede a la Iglesia un cierto número de privilegios —como la exoneración de impuestos— para que pueda cumplir su función sociológica. Una Iglesia así "domesticada" se vuelve una pieza más dentro del orden establecido.

5º Porque —y aquí viene la paradoja que complica toda nuestra descripción— esta Iglesia aparentemente apolítica desempeña un papel “político” muy importante, pues ella “fabrica” un tipo de ciudadano: hombre honesto en su vida privada, cuidadoso del orden público, con un fuerte sentido de la obediencia, siempre que se respeten esas zonas anteriormente descritas. Cuando la organización capitalista percibe el impacto de otro tipo de organización, la socialista, inmediatamente ve en la Iglesia a un poderoso aliado.

El comunismo se presenta como ateo y perseguidor de toda religión, destructor de la propiedad privada, de la familia, enemigo de toda escuela privada... Este fantasma debería movilizar a la Iglesia en una acción política “anti” sin salir de su zona de privacidad. Por eso tradiciones políticas liberales que hace 20 años veían una sotana por la calle y se volvían roncós gritando “¡cuervo!”, hoy defienden la sotana contra los “curas heterodoxos e infieles a Roma”. No les ofrece ningún reparo la *Humanae Vitae* (en ningún momento se les ocurrirá aplicarla a sus hogares) y con gusto crearían la “universidad católica...”.

No estamos frente a ninguna conversión “paulina” (conste que no hablo de personas, sino de tradiciones políticas). Simplemente es el aprovechamiento político de una pretendida fuerza a-política.

* * *

Dentro de esta imagen de la Iglesia y en circunstancias políticas tensas, unas religiosas participando en una manifestación se vuelven un fenómeno altamente provocativo. ¿Cómo las hermanitas osan salirse del papel que benévolamente les otorga la buena y comprensiva mentalidad liberal?

* * *

Hace años que la Iglesia está evolucionando en una fermentación intensa, aunque subterránea y silenciosa para quienes miran de afuera. Cambios no necesariamente espectaculares, expresados con frecuencia en su lenguaje eclesiástico y a través de modificaciones estructurales sin relieve para los noticiados. El mismo acontecimiento Vaticano II —el hecho más sonado en la Iglesia del siglo XX— es conocido a través de algunos documentos; pero su honda significación queda aún en penumbras.

Sin situaciones como las actuales las que arrancan el velo, descubriendo violentamente la no-va-

lidez de la imagen sociológica. Esa realidad “domesticada” se vuelve problema. El error de esas tradiciones liberales está en no haber percibido —precisamente porque la Iglesia era para “la vida privada de buenas señoras”— que esa imagen iba perdiendo su respaldo real. De la noche a la mañana, la Iglesia se presenta como una desconocida peligrosa e ingobernable.

No debemos esperar precisamente una “reflexión teológica y serena” sobre ese cambio, sino la explicación rápida, a nivel de crónica policial, de “infiltración marxista”.

Pero más allá de todos los slogans los cristianos debemos incesantemente preguntarnos hacia qué imagen de Iglesia navegamos. Lo que viene a significar: ¿hacia qué tipo de hombre cristiano marchamos?

En el breve espacio que nos resta no pretendemos dar una respuesta a esta pregunta mayor, sino situarla en el contexto de nuestra crisis.

II

Imagen política de la Iglesia

1º Una de las primeras características de esta nueva imagen es su compromiso con el cambio social. En contraposición a la privacidad de la imagen anterior, ésta nos muestra a la Iglesia incidiendo, en razón misma de su misión, en la organización social y política. Por la denuncia de la injusticia, y de la opresión a nivel de estructuras imperantes. Por incentivar los cambios sociales. Así la Iglesia comienza a ocupar sitio en las columnas de nuestros diarios. Observe, el lector, el cambio habido.

La Iglesia se ha sensibilizado, por dentro, al pecado como realidad colectiva vivido en estructuras alienantes del hombre. Lo individual ya no está separado de lo colectivo-social. Llegado un momento de crisis, las tradiciones liberales cuentan con la reacción cerrada del católico contra el comunismo por atacar zonas privadas. Y, de aquí, que el sacudón no se produce en la forma esperada. Antes, por el contrario, se insinúan críticas contra el régimen existente por su actuar social.

El asombro-indignación es, pues, doble: por no producirse la reacción “anti” cerrada, y por levantarse una marejada crítica contra el sistema, no ya en razón del orden privado, sino del social. En-

tonces, y en toda lógica, esas tradiciones liberales en sus órganos expresivos se ven obligadas a salir en defensa de la Iglesia "ortodoxa" contra la Iglesia heterodoxa criptomarxista. Así se explica a este nivel el desequilibrio "religioso" y el afán de publicitar cierto tipo de documentos eclesiásticos en periódicos como La Mañana. Dialécticamente esa destrucción de la imagen vieja convoca la atención y el interés de mucha gente otrora absolutamente indiferente, generándose una nueva imagen de la Iglesia.

2º En contraposición a la imagen anterior, esta "nueva Iglesia" abandona algunos rezos, novenas, rosarios, devociones y promete celebraciones eucarísticas con meditaciones bíblicas que mucho tienen de concientización, incrementa reuniones por pequeños grupos con la metodología del ver, juzgar, obrar, dando una participación cada vez mayor al pueblo.

3º En fin, esta nueva imagen muestra una Iglesia dialogante y en búsqueda, que no niega el saludo a nadie: ni al divorciado, ni al marxista, ni al protestante, ni al musulmán...

En contraposición a una imagen férrea y monolítica, una Iglesia humana, flexible, que reconoce sus errores, que escucha...

Aquí conviene detenerse, porque un análisis más circunspecto nos llevaría a reconocer que esta nueva imagen tiende a subdividirse. Pero ya trascenderíamos el nivel de crónica interpretativa.

* * *

El fenómeno que hemos tratado de contornearse se desplaza dentro del radio de las representaciones colectivas y afecta a no-creyentes y creyentes. Esta doble imagen divide a la misma Iglesia y con frecuencia la contrapone violentamente. No son meras discrepancias teológicas. Estamos en zona de alta tensión, en la zona de las representaciones globales. Así la discrepancia "mortal" entre Jesús y los jefes judíos no fue de orden meramente intelectual. El acontecimiento-Jesús atentaba contra una representación global de la religión, y, por consiguiente, del hombre y de la sociedad. La confrontación entre las diversas imágenes de la Iglesia se efectúa hoy a un nivel muy parecido al evangélico: lleno de malentendidos, tergiversaciones, pasiones, luchas... Sin soluciones de "confección".

Con todo, antes de cerrar estas líneas, quisiéramos hacer un par de reflexiones no ya desde un ángulo sociológico, sino de Fe.

a) No debemos caer en el error de idolatría y creer que la "nueva imagen" será la realización evangélica acabada. Siempre existirá un desfase, un doloroso entre imagen real de la Iglesia e imagen evangélica. Como existe un penoso distanciamiento entre la idea y su expresión; entre la intuición y la obra de arte, entre la letra y el Espíritu.

No resistimos a la tentación de citar un párrafo de Mounier de su libro "El personalismo" que ilumina lo anterior.

"Una filosofía para la que existan valores absolutos corre el peligro de esperar, para actuar, causas perfectas y medios irreprochables. En tal caso, más vale renunciar a actuar. El absoluto no es de este mundo ni tiene sus mismas dimensiones. No nos comprometemos nunca más que en luchas discutibles por causas imperfectas. Pero rechazar por eso el compromiso, es rechazar la condición humana. Se aspira a la pureza: demasiado a menudo se llama pureza a la comodidad de la idea general, del principio abstracto, de la situación soñada, de los buenos sentimientos, tal como se traduce en el gusto permanente por las mayúsculas el opuesto exacto a un heroísmo personal. Ese afán de pureza expresa a menudo un narcisismo superior, una preocupación egocéntrica de integridad individual, amurallado contra el drama colectivo. Más corrientemente, tiende a cubrir con un manto real su impotencia, su pusilanimidad, su puerilidad. No sólo no alcanzamos jamás situaciones ideales, sino que casi nunca podemos elegir las situaciones de arranque en que se requiere nuestro concurso. Esas situaciones nos atacan de manera distinta a la que habíamos previsto en nuestros esquemas, y por sorpresa. Nos vemos obligados a responder de improviso, apostando, inventando, allí donde nuestra pereza nos disponía a 'aplicar'. Se habla siempre de comprometerse como si eso dependiera de nosotros: pero estamos comprometidos, embarcados, preocupados. Por eso, la abstención es ilusoria. Sin embargo, si bien implica aceptación de los desvíos, de la impureza ("ensuciarse las manos") y de la limitación, el compromiso no puede consagrar la abdicación de la persona y de los valores a los que sirve. Su fuerza creadora nace de la tensión fecunda que suscita entre la imperfección de la causa y su fidelidad absoluta a los valores que ésta implica. La conciencia inquieta y a veces desgarrada que adquirimos de las impurezas de nuestra causa nos mantiene alejados del fanatismo, en estado de vigilancia crítica. Al sacrificar las vías y armonías imaginadas por nosotros a los requerimientos de la realidad, obtenemos una especie de virilidad, la que desarrollan el enjuague de las inge-

nuidades y de las ilusiones, el esfuerzo continuo de fidelidad en caminos que nos desconciertan. El riesgo que asumimos en la oscuridad parcial de nuestras opciones nos coloca en un estado de desapego, de inseguridad y de coraje, que es el clima de las grandes acciones”.

Esa tarea de “vigilancia crítica” es añeja a la condición del cristiano. Esta lucha por nuevas imágenes de la Iglesia con una conciencia lúcida que las cosas nuevas se harán viejas. El pecado en la Iglesia no está en la imperfección de estas imágenes, sino en estancarse en algunas de ellas. El pecado —desde este ángulo— es pretender renunciar a la condición de peregrinos.

b) La crisis actual con la afloración de diversas imágenes ha provocado en amplios sectores de nuestra sociedad una gran expectativa frente a la Iglesia. No me refiero a la mera expectativa po-

lítica. Me refiero a una expectativa de orden diferente. Derrumbada una imagen de Iglesia aliada de los poderosos y “opio del pueblo”, muchos se abren con ansia a la Buena Nueva del Evangelio.

Al volverse la Iglesia signo de salvación y liberación de los oprimidos muchos la interrogan sobre “la razón de su esperanza”. La segunda observación se centra, pues, sobre la nueva situación misionera que genera este cambio de imagen.

Y tenemos que decirlo en voz muy fuerte, que frente a esa pregunta los cristianos debemos abrir nuestros labios y anunciar la Buena Nueva de la Salvación.

Y si las palabras no nos salen tal vez sea porque nuestro corazón es todavía más pagano de lo que creíamos.

selección 1967 de artículos aparecidos en perspectivas de diálogo

Reflexiones sobre la existencia cristiana:

- :: qué nombre dar a la existencia cristiana**
- :: anchura de la gracia**
- :: punto de partida: la condición humana**
- :: punto de llegada: la vida eterna**
- :: profundidad de la gracia**

por Juan Luis Segundo

Problemas post-conciliares	Ricardo Cetrulo
Caridades con reverso	Horacio Bojorge
Populorum progressio: cambio de perspectivas	Ricardo Cetrulo
Pastoral universitaria: algunas líneas de evolución	César Aguiar (h)
Revelación y antropología	Roberto Viola
Presencia cristiana en los países socialistas	Julio de Santa Ana
Cisma en la Iglesia uruguaya?	Antonio Pérez García
Pobreza y fatalidad	Darío Ubilla
Cómo se va a leer la Pastoral?	Ricardo Cetrulo

número extraordinario

EL MIEDO Y EL CRISTIANO.

- sociedad en conflicto, miedo y radicalización**
Ricardo Cetrulo
- la dialéctica del miedo**
Juan Luis Segundo
- las vicarías. sucedáneos del miedo**
Darío Ubilla
- el duro legado de los que parten**
Roberto Viola
- fenomenología del miedo**
Juan Carlos Carrasco
- la fe supera al miedo**
Andrés Assandri
- anchura de la gracia**
Mario Kaplún

precio del número extraordinario: \$ 80.

precio de la suscripción 1967: \$ 300.

pídalos en:

- América Latina (18 de Julio 2043, G)**
- APOCE (Soriano 1465)**
- Centro Pedro Fabro (Agraciada 2974)**